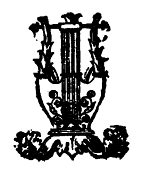
LA ARAUCANA.

SU AUTOR

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUNIGA,
Caballero del órden de Santiago, Gentilhombre
de la Cámara de la Magestad del Emperador.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
Librería de Ramos.

1821.

LA ARAUCANA.

CANTO X.

Ufanos los Araucanos de las vitorias habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extrangeras como naturales; entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
Cómo al ánimo flaco fortalece
Que de triste muger se vuelve un Marte;
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!

Quien vió los Españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
Quien los ve en breve tiempo derribados!
Quien ve en miseria vuelta su fortuna!
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

2

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mugeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mugeres digo que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron
Que iba de rota el Castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos decendieron
El mugeril temor de sí lanzando,
Y de ageno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre
Tambien en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten, ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas,
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvia,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podia.

Si las mugeres van desta manera,
¿ La bárbara canalla cual iria ?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir tambien mugeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos
Y en el dudoso trance estan paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas :
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortanen ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras,
Que la muger cruel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron
Ya de los enemigos saqueado;
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin órden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién finge que está muerto, y se tendia;
Quién correr procuraba no pudiendo :
La alegre gente así se entretenia
El trabajo importuno despidiendo,
Hasta que el sol rayaba los collados,
Que el General llegó, y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
Con gran priesa á abrazarse estrechamente;
Pero algunos por mas que se esforzaban
La envidia les hacia arrugar la frente:
Francos los vencedores se mostraban
Repartiendo la presa entre la gente;
Que aun en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolican que se hiciese,
Donde del Araucano ayuntamiento
La gente militar sola asistiese;
Y con alegre muestra y gran contento
Sin que la popular se entremetiese,
En juegos, pruebas, danzas y alegrias
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados,
Para el valle de Arauco caminaron
Dó á las usadas fiestas los soldados
De toda la Provincia convocaron:
Fueron bastantes plazos señalados;
Joyas de gran valor se pregonaron
De los que en ella fuesen vencedores,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Mas que los diligentes mensageros,
En un término breve apercibiendo
Naturales, vecinos y extrangeros;

Gran multitud de gente concurriendo
Creció el número tanto de guerreros,
Que ocupaban las tiendas forasteras,
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituía
Las importunas sombras desterrando,
Cuando la bulliciosa compañia
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
El órden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfange guarnecido
Por mano artificiosa de platero:
Este premio fué allí constituido
Para aquel que con brazo mas entero
Tiráse una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demas en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada
Esmaltadas en él varias labores:
Fué la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la difícil prueba se estremáse,
Y por señor del campo en pie quedáse.

Un lebrel animoso remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que en la carrera
De todas armas y presteza armado,
Arribáse mas presto á la bandera
Que una gran milla lejos tremolaba,
Y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco hecho por arte
Con su dorada aljaba, que pendía
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de ataujía:
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha á punteria
Ganando por destreza el precio rico,
Llevàse al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston, mas como diestro:
Por juez se señalo á Caupolicano,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa cuando
El jóven Orompello ya en el puesto
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,

Y en la valiente diestra blandeando
Una maziza lanza ; luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande ,
Crino , Pillolco , Guambo , y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo ,
Las lanzas por los fieles igualadas
A un tiempo las derechas sacudiendo
Fueron con seis gemidos arrojadas :
Salen las hastas con rumor crujiendo
De aquella fuerza é ímpetu llevadas ,
Rompen el aire , suben hasta el cielo ,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la hasta primera ,
Que falta de vigor á tierra vino :
Tras ella la de Guambo , y la tercera
De Lepomande , y cuarta la de Crino ;
La quinta de Mareande , y la postrera
Haciendo por mas fuerza mas camino ,
La de Orompello fué , mozo pujante ,
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron
De los que por mas fuertes se estimaban ;
Y aunque con fuerza estrema procuraron
Sobrepujar el tiro , no llegaban :
Otros tras estos , y otros seis probaron ;
Mas todos con vergüenza atras quedaban :
Y por no detenerme en este cuento ,
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia aflojado,
Dijo en voz alta: de perder no dudo;
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver deste brazo lo que puede,
Y á dó llegar mi estrella me concede.

Esto dicho la lanza requerida,
En ponerse en el puesto poco tarda,
Y dando una ligera arremetida,
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
O cual furioso trueno, que corriendo
Por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera,
Rompiendo el hierro por el duro suelo
Tiembla por largo espacio la hasta fuera:
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho pies median,
Y examinan el peso de la lanza:
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza:

Otros van por el precio : otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza,
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello y por la turba hiende,
Y aquel rumor colérico baraja
Diciendo : aun no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja :
Caupolican la vara en esto tiende,
Y á tiempo un encendido fuego ataja,
Que Tucapel al primo habia acudido,
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolican que estaba por Juez puesto,
Mostrándose imparcial discretamente,
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente ;
Y así no se altercando mas sobre esto,
Conforme á la postura justamente
A Leucoton por mas aventajado
Le fué ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfia,
Y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvia
Del caso algo corrido y vergonzoso ;
Mas como sabio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por dó con Leucoton y causa nueva
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido
Que desde su niñez fué muy brioso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y en ocasion metido valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linage generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapel, y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo dó la prueba se hacia,
El diestro Cayeguan, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia:
No pasó mucho cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y ligereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven:
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y el cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas, y ellos recogidos
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse;

Cíñense pies con pies, y entretejidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traia
A los pies enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual lanzando fuera los vestidos
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamas sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafio,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguan saliendo
En medio de aquel campo á su albedrio
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguan la boca abierta
Sin dejarle alentar le retraia,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
En el aire gran pieza lo suspende;
Cayeguan sin color desalentado
Abre los brazos, y las piernas tiende:
Viéndolo así rendido el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacaronle del campo sin sentido,
Y á su tienda en los hombros le llevaron;
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron:
Pero cesando en esto aquel ruido,
A sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros, y feroz semblante,
Diestro en la lucha, y en las armas diestro,
Ligero y esforzado aunque arrogante:

Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
Fiáse mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto con estraña ligereza,
Cuando menos cuidado en Talco habia
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso
Con ronco son se mueve á paso tardo:
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Desta manera Rengo á Talco afierra,
Y antes que á la defensa se prevenga
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y á su puesto esperando que otro venga
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que á contrastar al bárbaro se atreva;
Y así porque la noche ya venía,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegráse los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro dia saliendo de su tienda
El hijo de Leocan acompañado,
Al cercado lugar de la contienda
Con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se estienda,
Dando una vuelta entorno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisáse,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que viéndole el lugar vacio ocupáse;
Pero ya Leucoton mirando en esto,
Que porque su valor mas se notáse
Hasta ver el mas fuerte habia esperado;
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:

Leucoton la persona recogiendo
A recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venía
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al parágon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan entorno y miran cautelosos,
Y a todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pecho con pecho
Van las últimas fuerzas apurando;
Ya se afirman y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan entorno volteando:
Ya los izquierdos, ya los pies derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte
A poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, hijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban:
Ellos siempre con mas encendimiento
Sacando nuevas fuerzas procuraban
Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hacia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente:
De esto el cansado Rengo no avisado
Metió el pie dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del mazizo suelo;
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,

Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo :
Se puso en pie, que aun bien no tocó en tier-
Y contra Leucoton furioso cierra. [ra,

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcídes derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado :
Así el airado Rengo embravecido
Que apenas en la arena habia tocado
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al estremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste, y el suceso
Oireis en el siguiente Canto expreso.

LA ARAUCANA.

CANTO XI.

Acabanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un Fuerte, en el cual metido vienen los Españoles sobre él, donde tuvieron una recia batallá.

Cuando los corazones nunca usados
A dar señal y muestra de flaqueza,
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza;
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y lo torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas:

Así le avino á Rengo que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento:
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los pies no lo dejaba.

Adelante la cólera pasára,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano:
Que de Caupolican traia la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,
Ni la plaza de gente despojada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacia
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardia
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza como digo
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por allí cuan descontento
Del fuerte Leucoton esta Orompello:

Témese que vendrán á rompimiento;
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre los dejaron,
Y los vacios lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros, y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba:
La gracia, el pelo crespo, y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas destos dos por la aparencia,
Viendo del uno el talle, y los valientes
Niervos, edád perfeta, y esperiencia:
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolecencia,
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello, y osadia.

Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando:
Y cual halcon que en la húmida ribera
Vé la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza, imaginaba,
Que habian impedimentos de ofrecerse:
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso
Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza mano á mano
Salen á se probar los dos valientes:
Como cuando el lebrel, y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros, y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos:

De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta, ni padrino,
De corage, y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino:
Y en un instante iguales aferrados
Con estremada fuerza, y diestro tino,
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los pies lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja, y vuelve ó todos lados:
Viéranlos sin mudarse á veces tales,
Que parecen en tierra estar clavados:

Donde ponen los pies, dejan señales;
Cavan el duro suelo, y apretados
Juntándose rodillas con rodillas
Hacen crugir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza, y maña
Usaba, que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza estraña
Que en su recio adversario conocia:
Revuelvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Queambosjuntosá un tiempoen tierradieron.

Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera
Que se puede decir que el mas atento
A mover la pestaña no lo viera:
Ventaja, ni señal de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudierra,
Que Leucoton arrodilló en el llano,
Y Orompello tocó sola una mano.

En ésto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfia y rumor multiplicando,
Quien daba al uno el precio, honor, y gloria,
Quien cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo que estaba en un asiento
A la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba en el momento
Salta en la plaza la ferrada en mano:
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: el precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende.

La joya es de Orompello, y quien bastante
Se halla á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafio:
Leucoton con un término arrogante
Dice: yo amansaré tu loco brio,
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya, dijo Orompello,
Responde Leucoton fiero, y airado,
Contigo y con tu primo quiero habello:
Caupolican en esto era llegado,
Que del supremo asiento viendo aquello,
Habia bajado á la sazón confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton, y Orompello conociendo
Que el gran Caupolican allí venia,
Las enconosas voces reprimiendo,
Cada cual por su parte se desvia;

Mas Tucapel la maza revolviendo
Que otro acuerdo, y concierto no quería,
Lleno de ira diabólica no calla
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocan, ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Le den por vencedor y mas valiente:
Despues, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se dicida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: haré que guardes el respeto,
Que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapel le responde: yo prometo
Que por temor no baje del partido,
Y aquel que en lo que digo no viniere
Haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y mientras que con recto y sano pecho
La causa sin pasion desto mirares:
Mas si contra razon solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
No perderé de mi derecho un punto.

Caupolican perdida la paciencia
Se mueve á Tucapel determinado,
Mas Colocolo, viejo de experiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia
Diciendo : ¿ Estás, señor, tan olvidado
De tí, y tu autoridad, y salud nuestra,
Que lo pongas en solo alzar la diestra ?

Mira, señor, que todo se aventura,
Mira que estan los mas ya diferentes ;
De Tucapel conoces la locura,
Y la fuerza que tiene de parientes :
Lo que enmendar se puede con cordura,
No lo enmiendes con sangre de inocentes ;
Dale á Orompello el contenido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda :
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza mas disminuida,
Y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite Araucano han estendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido :

Si agora han sido aquí desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido
En trances peligrosos derramando
La sangre propia, y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y zelo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: en tu mano
Lo dejo todo, y tomo ese consejo:
Con tal resolucion el sabio anciano
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera,
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuélos pues reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica cellada allí traida,
Al ufano Orompello le fué puesta,
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
Todos conformes en alegre fiesta
A las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba las mesas levantadas
Se pasó en regocijo y alegría,
Tegiendo en corros danzas siempre usadas:
Donde un número grande intervenia
De mozos, y mugeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el orizonte cierra
Y con la negra sombra el mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
A tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza
Diciendo, que el subsidio padecido
Habia de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del Araucano,
Y tal crédito y fama habia alcanzado,
Que si asolar el Cielo prometiera,
Crédito á la promesa se le diera:

Y entre la gente jóven mas granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos de la vida airada,
Por mas bravos que pláticos tenidos;

Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos, y partidos,
Que escusa no bastó, ni empedimento
Á no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
A cualquiera maldad determinados,
De presas, y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios;
Ladrones, bandoleros, y cosarios.

Con esta buena gente caminaba
Hasta Maule de paz atravesando,
Y las tierras despues por do pasaba
Las iba á fuego y sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba
Poniéndose debajo de su mando;
Los Caciques le ofrecen francamente
Servicio, armas, comida, ropa, y gente.

Asique por los pueblos, y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen,
Talan comidas, casas, y heredades,
Que los Indios de miedo al pueblo huyen;
Estupros, adulterios, y maldades
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado, y tierra,
Que á todo riesgo, y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenian
De venir con los nuestros á la prueba,
Los Indios comarcanos que huian,
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores, y alborotos se movian,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban,
A tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada:
Y mas contra ciudad tan eminente,
Y lejos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habian salido.
Tienen por mas el daño, que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes briosos,
Otros que era imprudencia y desatino.
Por los pasos y sitios peligrosos:
A todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El puelblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto.

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente,
Con comision si lance le saliese

A su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados,
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado
Abrevio con decir que se partieron,
Y al cuarto dia con ánimo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duro trabado,
Que los bárbaros luego les rompieron,
Y todos con cuidado y pies ligeros
Revolvieron á ser los mensageros.

Sin aliento, cansados, y aflijidos
Vuelven con testimonio asaz bastante
De como fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante,
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre el cual delante,
Y en medio de los campos desmandado,
A manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia,
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge:
Tambien que bastimentos cada dia,
Y cantidad de municion recoge,
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba
Teniendo allí el venir por desvario,
A tan clara señal crédito daba,
Helándole la sangre un miedo frio:
Quien de pura congoja trasudaba,
Que de Lautaro ya conoce el brio,
Quien con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso habia,
No puede á la sazon seguir la guerra;
Mas con ruegos y dádivas movia
La gente mas gallarda de la tierra:
Y por caudillo en su lugar ponia
Un charo primo suyo, en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado,
Pedro de Villagran era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí, le cueste caro,
Dióse tal priesa á andar, que presto vino
A la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atras en círculo gran trecho,
Despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto,
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y mas dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:

Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,
Cuando sin entender la cosa cierta,
Gritaban : arma, arma, alerta, alerta.

Esto fué, que Lautaro habia sabido
Como allí nuestra era llegada,
Que despues de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido,
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenia
Soltar el de mas furia y lozania,

Diciendo en alta voz : si no me engaño,
Nó deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamas reparo :
Mas porque no me tengan por estraño,
Y el ser yo aquí venido sea mas claro,
Sabiendo con quien vienen á la prueba,
Quiero que este rocin lleve la nueva.

Diez caballos, señor, habia ganado
En la refriega y última revuelta,
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta :
Siendo el feroz caballo amenazado
Hacia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió mas fuerza al arma y mayor fuego,
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego:
El escándalo tanto no fué, cuanta
Era despues la burla, risa, y juego
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que con ánimo y firme presupuesto
De vencer, ó morir de buena gana
Salen del sitio, y alojado puesto
Contra la gente bárbara Araucana
Que no menos estaba acodiciada
Del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia,
Que quien fuera del muro un paso diese
Como por crímen grave y rebeldia,
Sin otra informacion luego muriese:
Así el temor frenando á la osadia,
Por mas que la ocasion la conmoviese,
Las riendas no rompió de la obediencia,
Ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
No dejando salir soldado fuera,
Quiere que su partido sea mas cierto
Encerrando á los nuestros de manera,

Que no les aproveche en campo abierto
De ligeros caballos la carrera;
Mas solo ánimo, esfuerzo, y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza,

Era el órden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen:
Y alguños por defuera revolviendo,
Antes que los Cristianos se advirtiesen
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los Indios aguardaban
A la gente española que venia,
Y en viéndola asomar la saludaban,
Alzando una terrible voceria:
Soberbios desde allí amenazaban
Con audacia, desprecio, bizarria;
Quien la fornida pica blandeando,
Quien la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean
Con silvos, y rumor, de los tablados
Seguros del peligro los torean,
Y en su daño los hierros amolados,
Sin miedo amenazándolos blandean:
Así la gente bárbara Araucana
Del muro amenezaba á la Cristiana.

Los Españoles siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á paso caminan adelante
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: no es bastante
El muro, ni la pica, y dura maza
A estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.

Llegados de la Fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho,
De los bárbaros huye la mas parte,
Ganan las puertas francas con gran gloria
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros Indios aguardáran
Tanto espacio y sazon cuanto un momento,
Que las puertas los últimos tomáran:
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
Ni poderse abstener, luego reparan,
Haciendo la señal que no debian,
Hicieron revolver los que huian.

Como corre el caballo cuando ha olido
Las yeguas que atras quedan y querencia,
(Que allí el intento inclina y el sentido)
Gime y relincha con zelosa ausencia,

Afloja el curso, atras tiende el oido
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado
Cuando sobre los pies ha volteado.

De aquel modo los bárbaros huyendo
Con muestra de temor (aunque fingida)
Firman el paso presuroso, oyendo
La alegre y cierta seña conocida:
Y encontra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada al parecer rendida,
Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario coro repentino:
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y las hinchadas olas revolviendo
Al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente
Que el alcance sin término seguia,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegria:
Que sin se reparar violentamente
Por el mismo camino revolvia,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso rio de fama
La presa y palizada desatando,
Por inculto camino se derrama
Los arraigados troncos arrancando:
Cuando con desfrenado curso brama
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante
Los Indios á los nuestros arrancaron,
Y sin pararles cosa por delante
En furiosa corriente los llevaron:
Hasta que con veloz furor pujante
De la cerrada plaza los lanzaron,
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con pies mas desenvueltos
Los sueltos Españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho, y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos,
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herian
De manos, y de pies como podian.

No el alzado antepecho, y agujeros
Que fuera dél entorno habia cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejucos amarrados

Detuvieron el curso á los ligeros
Caballos, de los hierros hostigados,
Que como si voláran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.

Los Españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos pies y manos los aquejan:
Pero los nuestros el morir temiendo,
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia, y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
A toda furia por la seca arena,
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sustento del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena,
Que los mas delanteros lo sintieron,
Y al son sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pavellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba:
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los Españoles revolviesen
Y mil veces el Fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados,
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice : amigos, vamos engañados ;
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente :
La industria tiene aquí mas fuerza y parte ;
Que la temeridad del fiero Marte.

Esta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Las cervices indómitas oprime,
Y las hace domésticas por fuerza :
Esta el honor y pérdidas redime,
Y la sazon á usar della nos fuerza,
Que la industria solícita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los Españoles viendo
Como el honor y campo les dejamos :
Que despues á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.

El hijo de Pillan esto decia,
Cuando asomaba el bando castellano
Que con esfuerzo nuevo y osadia
Quiere probar segunda vez la mano ;

Fué tanto el alborozo y alegria
De los bárbaros, viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto los Cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla,
Y al justo tiempo del partir llegando
Dejan irse á la bárbara canalla:
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo esento en la muralla,
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas,
Y comienzan allí el combate duro,
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro:
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso mas seguro:
Hinche el bando Español la cava honda,
Y el Araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo Español con osadia
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistia
Y los botes de lanzas muy agudos:
Era tanta la grita y armonia,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el raudo curso refrenaba
Confuso al son que entorno rimbombaba.

Por las puertas, y frente, y por los lados,
El muro se combate y se defiende,
Allí corren con priesa amontonados
Adonde mas peligro haber se entiende:
Allí con prestos golpes esforzados
A su enemigo cada cual ofende
Con furia tan terrible y fuerza dura,
Que poco importa escudo, ni armadura.

Los nuestros hacia atras se retrujeron,
De los tiros y golpes impelidos,
Tres veces y otras tantas revolvieron
De vergonzosa cólera movidos:
Gran pieza á la fortuna resistieron;
Mas ya todos andaban mal heridos,
Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
Y de sangre los hierros colorados.

El coraje, y la cólera es de suerte
Que va en aumento el daño, y la crueza,
Hallan los Españoles siempre el fuerte
Mas fuerte y en los golpes mas dureza:
Sin temor acometen de la muerte,
Pero poco aprovecha esta braveza,
Que el que menos herido y flaco andaba
Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
De ver lo que los nuestros han sufrido
De espesos golpes, flecha, y piedra tanta
Que sin cesar sobre ellos ha llovido:

Y cuan determinados y con cuanta
Furia tres veces han acometido :
Desto los enemigos impacientes
Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamas cesa,
Antes que va en furioso crecimiento
Cuando la congelada piedra espesa
Hiere los techos, y se esfuerza el viento:
Así los duros bárbaros apriesa
Movidos de verguenza y corrimiento,
Con lanzas, dardos, piedras arrojadas
Baten adargas, rodelas, y celadas.

Los cansados Cristianos no pudiendo
Sufrir el gran trabajo incomportable,
Se van forzosamente retrayendo
Del vano intento y plaza inexpugnable.
Y del destrozado campo recogiendo,
Vista su suerte y hado miserable,
Por el mesmo camino que vinieron,
Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pie de una montaña
Vinieron á tener su alojamiento,
Segura de enemigos la campaña,
Que ninguno salió en su seguimiento:
Decir prometo la cautela estraña
De Lautaro despues, que ahora me siento
Flaco, cansado, ronco, y entretanto
Esforzaré la voz al nuevo canto.

LA ARAUCANA.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su Fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los Españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez : por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba : y levantando su campo se retira. Viene el Marques de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

VIRTUD difícil, y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuanto es sano, seguro, y provechoso :
Y el poco fruto y mucho mal que lleba
El vicio inútil del hablar dañoso :
Ejemplo los de Líbico homicidas,
Y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos, y pasados
Crueldades, ruinas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados :
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados :
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.

De los vicios el menos de provecho;
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe, y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende,
Al propio dueño, y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
La cosa á sus soldados encubria
De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia:
Y el retirado campo Castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada
Toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo,
Que fuese para algun sagaz intento,
El cual por conjeturas comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento:
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
A los nuestros que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento, y ranchería.

Dos dias los Españoles estuvieron
Haciendo de los bravos, aguardando;
Pero jamas los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando;

Al fin dos de los nuestros se atrevieron
A ver el Fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro,
Diciéndoles: llegaos que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba
Con el cierto seguro prometido,
El cual dejando al otro, se llegaba
Por conocer quien era el atrevido:
Llegado el Español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida;
El ancho y duro hierro colorado,
Y de sangre la media hasta teñida,
Puesta de limpio acero una celada,
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el Español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
Marcos, de tí me espanto entrañamente
Y de esa tu ignorante compañia;
Que sin razon y seso ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme,
Y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano
Que así quereis tiranizar la tierra? [no,
No veis que todo agora está en mi mano,
El bien vuestro, y el mal, la paz, la guerra?
No veis que el nombre, y crédito Araucano,
Los levantados ánimos atierra?
Que solo el son al mundo pone miedo,
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,
Que es cosa que aun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones:
¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pavellones
En tiempo que estais mas amedrentados,
Y mas vuestros contrarios animados?

Es á mi parecer loca osadia
Querer contra nosotros sustentaros;
Pues ni por arte, maña, ni otra via
Podeis en nuestro daño aprovecharos:
Si lo quereis llevar por valentia,
Baste el presente estrago á escarmentaros,
Que fresca sangre aun vierten las heridas,
Y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamas de perseguiros,
Segun que lo juré, será escusado;
Hasta dentro en España he de seguiros,
Que así lo he prometido al gran Senado;

Mas si quereis en tiempo reduciros
Haciendo lo que aquí os será mandado,
Saldré de la promesa y juramento,
Y vosotros saldreis de perdimiento.

Treinta mugeres vírgenes apuestas
Por tal concierto habeis de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quince años á veinte sin engaño:
Han de ser Españolas, y tras estas
Treinta capas de verde y fino paño,
Y otras treinta de púrpura tejidas,
Con fino hilo de oro guarnecidas.

Tambien doce caballos poderosos,
Nuevos y ricamente enjaezados,
Domésticos, ligeros, y furiosos,
Debajo de la rienda concertados:
Y seis diestros lebreles animosos
En la caza me habeis de dar cebados:
Este solo tributo estorbaria
Lo que estorbar el mundo no podria.

Atento el castellano le escuchaba
Estanto de la plática gustoso;
Mas cuando á estas razones allegaba,
No pudo aquí tener ya mas reposo:
Así impaciente al bárbaro atajaba,
Diciéndole: no estes tan orgulloso,
Que las parias que pides, ó Lautaro,
Te costárán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento
Te darán Españoles por tributo
Cruda muerte con áspero tormento,
Y Arauco cubrirán de eterno luto.
Lautaro dijo : es eso hablar al viento ;
Sobre ello, Marcos, mas yo no disputo :
Las armas, no la lengua han de tratarlo,
Y la fuerza, y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres,
Como aquel que seguro le está dado,
Que tú despues harás lo que pudieres,
Y yo podré hacer lo que he jurado :
Tratemos de otras cosas de placeres,
Quede para su tiempo comenzado,
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
Una lucida escuadra de caballo.

Que para que no andeis tan al seguro,
Acuerdo de tener tambien caballos,
Y de imponer mis súbditos procuro
A saberlos tratar, y gobernallos :
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
A seis dispuestos mozos sus vasallos
Mandó que en seis caballos cabalgasen,
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas
Salieron á caballo seis Chilcanos,
Pintadas, y anchas dargas embrazadas,
Gruesas lanzas terciadas en las manos :

Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de Africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
Del atento Español dos vueltas dieron;
Pero ni de su puesto y buen semblante,
Punto que se notase le movieron;
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron,
(Que el muro estaba ya lleno de gente)
Habló así con Lautaro libremente:

En vano, ó Capitan, cierto trabaja,
Quien pretende con fieros espantarme,
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme:
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo solo con los seis quiero probarme,
Dó veras que á seis mil seré bastante,
Vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautaro respondió: Marcos, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
El mínimo que dellos escogieres
A pie vendrá contigo en desafio:
Del modo y la manera que quisieres
Elige armas y campo á tu albedrio,
Hora con ellas, hora desarmados,
Á puños, coces, uñas, y á bocados.

El Español le dijo : yo te digo,
Que mi honor en tal caso no consiente
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamas se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente :
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo acetar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse,
Despues por otras cosas discurrieron ;
Pero llegado el tiempo de apartarse
Del bárbaro, los dos se despidieron :
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,
Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
Diciendo : una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por órden mala y poco regimiento :
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento,
Preveyéndonos della, que á mi cuenta
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

Que en el ínclito Estado es uso antiguo,
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada :

'stad, Marcos, atento á lo que digo,
' entended que será cosa loada,
)ue digan que las fuerzas sojuzgastes,
)ue para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria, yo lo dudo,
'uando el contrario á tal extremo viene,
)ue en aquello que nunca el valor pudo,
.a hambre miserable poder tiene:
[al fuerte brazo indómito, y membrudo
.o debilita, doma, y lo detiene;
[así por bajo modo, y estrecheza,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, señor, su intento que pensase
Ser la necesidad (fingida) cierta,
Para que nuestra gente se animáse
De industria abriendo aquella falsa puerta:
Y con esto inducirla á que esperáse,
Teniendo así su astucia mas cubierta
Hasta que el fin llegáse deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Márcos de las palabras comovido
Le dice: yo prometo de intentallo
Por sólo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo:
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
El, y su compañero caminaron
Hasta que al Español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
Cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
Sospechoso, confuso, y admiardo
De ver que bastimentos le pedia:
Era sagaz, celoso, y recatado,
Revolviendo la presta fantasía
Los secretos designios comprehende,
Y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
Cuando el mundo se muestra mas escuro
Sin tocar trompa, del peligro instruto
Toma el camino á la ciudad seguro,
Maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
Que quiero antes decir el modo estraño
De la ingeniosa astucia, y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
Cuando luego los bárbaros supieron
La súbita partida y retirada,
Que no con poca muestra lo sintieron:
Viendo claro que al fin de la jornada,
Por un espacio breve no pudieron
Hacer en los Cristianos tal matanza,
Que nadie dellos mas tomára lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
Que es en un bajo, y recogido llano
De acequias copiosísimas se baña
Por zanjas con industria hechas á mano:

Rotas al nacimiento, la campaña
Se hace en breve un lago y gran pantano:
La tierra es honda, floja, anegadiza,
Hueca, falsa, esponjada, y movediza.

Quedáran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados,
Moverse los caballos no pudieran
En pegajosos lodos atascados:
Adonde si aguardáran los cogieran,
Como en liga á los pájaros cebados,
Que ya Lautaro con despacho presto
Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
La Fuerza desampara el mismo dia,
Y el camino de Arauco mas derecho,
Marcha con su escuadron de infantería:
Revuelve, y traza en el cuidoso pecho
Diversas cosas, y en ninguna habia
El consuelo y disculpa que buscaba;
Y entre sí razonando suspiraba,

Diciendo: ¿ qué color puede bastarme
Para ser desta culpa reservado?
No pretendí yo mucho de encargarme
De cosa que me deja bien cargado?
De quién sinó de mí puedo quejarme,
Pues todo por mi mano se ha guiado?
Soy yo quién prometió en un año solo
De conquistar del uno al otro polo?

Mientras que yo con tan lucida gente
Ver el muro Español aun no he podido,
La luna ya tres veces frente á frente
Ha visto nuestro campo mal regido:
Y el carro de Faeton resplandeciente
Del Escorpio al Acuario ha discurrido,
Y al fin damos la vuelta maltratados
Con pérdida de mas de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza
Que una vergüenza tal se coloráse,
Haria á mi inútil brazo, que esta lanza
El débil corazon me atravesase:
Pero daria de mí mayor venganza
Y gloria al enemigo, si pensase
Que temí mas su brazo poderoso,
Que el flaco mio, cobarde, y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno,
Si la muerte en un año no me atierra,
De echar de Chile el Español gobierno,
Y de sangre empapar toda la tierra:
Ni mudanza, calor, ni crudo invierno
Podrán romper el hilo de la guerra,
Y dentro del profundo reino escuro
No se verá Español de mí seguro.

Hizo tambien solene juramento
De no volver jamas al nido charo,
Ni del agua, del sol, sereno, y viento
Ponerse á la defensa, ni al reparo:

Ni de tratar en cosas de contento
Hasta que el mundo entienda de Lautaro,
Que cosa no emprendió dificultosa
Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba,
Que de perder el seso estuvo á canto:
Así el feroz Lautaro caminaba,
Y al fin de tres jornadas, entretanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itata caudaloso,
Atravesando aquel umbroso asiento
Con sesgo curso, grave, y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí mas amoroso
Burlando con las tiernas florecillas
Rojas, azules, blancas, y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa, y fértil tierra,
Abundante, capaz, y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del Oriente
La grande cordillera, y alta sierra,
De donde el raudo Itata apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de Españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del Estado:
El cual veinte y dos leguas contenia,
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba,
Que toda la nacion le respetaba.

Los Españoles ánimos briosos
Este los puso humildes por el suelo,
Este los bajos, tristes, y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo:
Y los estraños pueblos poderosos
De miedo deste viven con rezelo:
Los remotos vecinos y extrangeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del Estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,
Tardo para quien gusto está esperando,
Que al que no espera bien, bien presto llega:
Pero el tiempo y sazon apresurando,
A sus valientes bárbaros congrega,
Y antes que se metiesen en la via,
Estas breves razones les decia:

Amigos, si entendiese que el deseo
De combatir sin otro miramiento,
Y la fogosa gana que en vos veo
Fuese de la vitoria el fundamento,

Hagoos saber de mí, que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento,
Y un paso atras volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada.
Qué aprovecha el esfuerzo sin medida
Si tenemos la fuerza limitada?
Mas esta (aunque con límite) regida
Por industrioso ingenio, y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

Cuantos vemos el crédito perdido
En afrentoso y mísero destierro,
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario, y torpe yerro:
Valor es ser al órden obediente,
Y locura sin órden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamas nada,
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder por furia anticipada
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedára Español, ni cosa alguna
A la disposicion de la fortuna.

Si al entrar de la Fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera:
En la ciudad estaban descuidados,
Con la gente que andaba por defuera
Hiciéramos un hecho y una suerte,
Que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poneros advertencia,
Que habeis por la razon de gobernaros,
Haciendo al movimiento resistencia
Hasta que la sazon venga á llamaros:
Y no salirme un punto de obediencia,
Ni á lo que no os mandáre adelantaros,
Que en el inobediente y atrevido
Haré ejemplar castigo nunca oido.

Y pues volvemos ya donde se muestra
Nuestro poco valor por mal regidos,
En fé que habeis de ser (alzo la diestra)
En el primer honor restituidos:
O el campo regará la sangre nuestra,
Y habemos de quedar en él tendidos
Por pasto de las brutas bestias fieras,
Y de las sucias aves carniceras.

Con esto fué la plática acabada,
Y la trompeta á levantar tocando,
Dieron nuevo principio á su jornada
Con la usada presteza caminando;

Yendo así, al descubrir de una ensenada
Por Mataquino á la derecha entrando,
Un bárbaro encontraron por la via
Que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
Que en Mapochó se sabe su venida,
Ora les dió la nueva della el viento,
Ora de espias solícitas sabida:
Tambien que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida
Con defensas, reparos, provisiones,
Pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
Muda el primer intento que traia,
Viendo ser temerario presupuesto
Seguirle con tan poca compañia:
Piensa juntar mas gentes, y de presto
Un fuerte asiento que en el valle habia,
Con ingenio y cuidado diligente
Comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
Y ser dispuesto el sitio y reparado
Fué en breve aquel lugar fortalecido,
De foso y fuerte muro rodeado:
Gente á la fama desto habia acudido
Codiciosa del robo deseado:
Forzoso me es pasar de aquí corriendo, [do.
Que siento en nuestro pueblo un gran estruen-

Sábese en la ciudad por cosa cierta
Que á toda furia el hijo de Pillano,
Guiando un escuadron de gente experta,
Viene sobre ella con armada mano:
El súbito temor puso en alerta
Y confusion al pueblo castellano;
Mas la sangre que el miedo helado habia,
De un ardiente corage se encendia.

A las armas acuden los briosos,
Y aquellos que los años agravaban
Con industrias y avisos provechosos
La tierra y partes flacas reparaban:
Tras estos treinta mozos animosos,
Y un astuto caudillo se aprestaban,
Que con algunos bárbaros amigos
Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagran á la sazon no residia
En el pueblo Español alborotado,
Que para la Imperial partido habia
Por camino de Arauco desviado:
Mas ya con nueva gente revolvia,
Y junto de dó el bárbaro cercado
De gruesos troncos y fajina estaba,
Sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca Aurora vino,
Y él la nueva jornada comenzaba,
Al calar de una loma en el camino
Un comarcano bárbaro encontraba:

El cual le dió la nueva del vecino
Campo, y razon de cuanto en él pasaba;
Que todo bien el mozo lo sabía,
Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el Español del Indio cuanto
El bárbaro enemigo determina,
Y como allega gentes, entretanto
Que el oportuno tiempo se avecina:
No puso á los Cautenes esto espanto;
Y mas cuando supieron que vecina
Venia tambien la gente nuestra armada;
Que dellos aun no estaba una jornada.

¿Villagran le pregunta, si podria
Ganar al Araucano la albarrada?
Sonriéndose el Indio respondia
Ser cosa de intentar bien escusada
Por el reparo, y sitio que tenia,
Y estar por las espaldas abrigada
De una tajada peñascosa sierra
Que por aquella parte el Fuerte cierra.

Dijole Villagran: yo determino
Por esa relacion tuya guiarme,
Y abrir por la montaña alta el camino,
Què quiero á cualquier cosa aventurarme:
Y si donde está el campo Lautarino
En una noche puedes tu llevarme,
Del trabajo seras gratificado,
Y al fuego, si me mientes, entregado.

Sin temor dice el bárbaro : yo juro
En menos de una noche de llevarte
Por difícil camino, aunque seguro ;
Desta palabra puedes confiarte,
De Lautaro despues no te aseguro,
Ni tu gente, y amigos seran parte,
A que si vais allá, no os coja á todos,
Y os dé civiles muertes de mil modos.

No le movió el temor que le ponia
A Villagran el bárbaro guerrero,
Que visto cuan sin miedo se ofrecia,
Le pareció de trato verdadero :
Y á la gente del pueblo que venia
Despacha un diligente mensajero,
Para que con la priesa conveniente
Con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos se dejaron
Ir por dó quiso el bárbaro guiallos,
Y en la cerrada noche no cesaron
De afligir con espuelas los caballos :
Despues se contará lo que pasaron ;
Que cumple por agora aquí dejallos
Por decir la venida en esta tierra
De quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido :
Yo no estube, señor, presente á ello,
Y así de sospechoso no he querido
De parciales intérpretes sabello :

De ambas las mismas partes lo he aprendido,
Y pongo justamente solo aquello
En que todos concuerdan y confieren,
Y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
Vemos que hay tanta sangre derramada,
Prosiguiendo adelante, yo me obligo
Que irá la historia mas autorizada:
Podré ya discurrir como testigo
Que fuí presente á toda la jornada,
Sin cegarme pasion, de la cual huyo,
Ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis pies sido medida,
Golpe, ni cuchillada no se ha dado,
Que no diga de quien es la herida:
De las pocas que dí estoy disculpado,
Pues tanto por mirar embebecida
Truje la mente en esto y ocupada,
Que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
Con mi pobre talento y torpe pluma,
Fué que tanto valor no pereciese,
Ni el tiempo injustamente lo consuma:
Que el mostrarme yo sabio me moviese,
Ninguno que lo fuere lo presuma;
Que cierto bien entiendo mi pobreza,
Y de las flacas sienes la estrechesa.

De mi poco caudal bastante indicio
Y testimonio aquí patente queda,
Va la verdad desnuda de artificio
Para que mas segura pasar pueda:
Pero si fuera desto lleva vicio,
Pido que por merced se me conceda,
Se mire en esta parte el buen intento,
Que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha oc
Y la pluma á escribir tanto se atreve [pad
Que de crédito estoy necesitado,
Pues tan poco á mis años se le debe;
Espero que será, señor, mirado
El zelo justo y causa que me mueve,
Y esto y la voluntad se tome en cuenta
Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato,
Que para mi discurso es importante
Lo que forzado aquí del Pirú trato,
Aunque de su comarca es bien distante:
Y para que se entienda mas barato
Y con facilidad lo de adelante,
Si Lautaro me deja, diré en breve
La gente que en su daño ahora se mueve.

El Marques de Cañete era llegado
A la ciudad insigne de los Reyes,
De Carlos Quinto Máximo enviado
A la guarda, y reparo de sus leyes;

Este fué por sus partes señalado
Para Virrey, de donde dos Virreyes
Por los rebeldes brazos atrevidos
Habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el Virrey nuevo las pasiones
Y maldades por uso introducidas,
El ánimo dispuesto á alteraciones
En leal apariencia entretejidas:
Los agravios, insultos, y traiciones
Con tanta desvergüenza cometidas,
Viendo que aun el tirano no hedía,
Que aunque muerto (de fresco) se bullía;

Entró como sagaz y receloso,
No mostrando el cuchillo y duro hierro,
Que fuera en aquel tiempo peligroso,
Y dar con hierro en un notable yerro:
Mostrándose benigno y amoroso,
Trayéndoles la mano por el cerro
Hasta tomar el paso á la malicia
Y dar mas fuerza y mano á la justicia.

Entanto que las cosas disponia,
Para limpiar del todo las maldades
Quitando las Justicias, las ponia
De su mano por todas las ciudades:
Estas eran personas, que entendia
Haber en ellas justas calidades,
De Dios, del Rey, del mundo temerosas,
En semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente, y sustentaba
Con son de un general repartimiento,
Y el mas culpado mas premio esperaba
Fundado en el pasado regimiento:
El Marques entretanto se informaba
Llevando deste error diverso intento,
Que no solo dió pena á los culpados,
Mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando (con el tiempo) ya pensaron
Que estaban sus insultos encubiertos,
En público pregon se renovaron
Y fueron con castigo descubiertos:
Que casi en los mas pueblos que pecaron
Amanecieron en un tiempo muertos,
Aquellos que con mas poder y mano
Habian seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que murieron
Pues fueron perdonados y admitidos
Cuando á vuestro servicio en sazon fueron
Y en importante tiempo reducidos:
Quedando los errores que tuvieron
A vuestra gran clemencia remetidos:
De vos solo, señor, es el juzgarlos
Y el poderlos salvar, ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
Que siempre en casos de honra lo rehuso,
Solo digo el terror y estraño miedo
Que en la gente soberbia el Marques puso

Con el castigo á la sazon acedo,
Dejando el reino atónito y confuso,
Del temerario hecho tan dudoso
Que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
Del Pirú le destierra en penitencia,
Que es entre ellos la afrenta mas sentida,
Y que mas examina la paciencia:
El justo de ejemplar y llana vida
Temeroso escudriña le conciencia,
Viendo el rigor de la justicia airada
Que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos Capitanes y soldados
Que con lustre sirvieron en la guerra,
Y esperaban de ser gratificados
Conforme á los humores de la tierra
Recelando tenerlos agraviados,
Del reino en son de presos los destierra,
Remitiendo las pagas á la mano
De Rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente,
La causa del destierro no sabiendo,
No entiende, si es injusta, ó justamente,
Solo sabe callar, y estar temiendo:
Teme la furia, y el rigor presente,
Y á inquirir la razon no se atreviendo;
Tiende á cualquier rumor atento oido:
Mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio, y confusion andaba:
Atónita la gente discurria:
Nadie la oculta causa preguntaba,
Que aun preguntar error le parecia:
Por saber uno á otros se miraba,
Y el mas sabio los hombros encogia,
Temiendo el golpe del furor presente
Movido al parecer por acidente.

Fué hecho tan sagaz, grande, y osado,
Que pocos con razon le van delante,
Asaz en estos tiempos celebrado,
Y á los ánimos sueltos importante:
Por él quedó el Pirú atemorizado,
Temerario, rebelde, y arrogante,
Y á la justicia el paso mas seguro
Con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Pirú con un bocado
Que no le romperá jamas la rienda,
Haciendo al ambicioso y alterado
Contentarse con sola su hacienda:
Y el bullicio y deseo desordenado
Le redujo á quietud y nueva enmienda:
Que poco lo mal puesto permanece,
Como por la esperencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento
Con veinte ó treinta mil pesos de renta,
Enfrena de tal suerte el pensamiento
Que solo con la vida se contenta:

Despues hizo el Marques repartimiento
Entre los beneméritos de cuenta,
Para esforzar los ánimos caidos
Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acaecimientos,
Como vemos que tantos van errados,
Que sobre arena y frágiles cimientos
Fabrican edificios levantados:
Bien se muestran sus flacos fundamentos,
Pues por tierra tan presto derribados
Con afrentoso nombre y voz los vemos,
Huyendo su inficion cuando podemos.

O vano error, ó necio desconcierto
Del torpe que con ánimo inorante
No mira en el peligro, y paso incierto
Las pisadas de aquel que va delante,
Teniendo á costa agena ejemplo cierto,
Que el brazo del amigo mas constante
Ha de esparcir su sangre en su disculpa
Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
Sobre traidores hombros sostenido,
Que el viento que se mueva de repente
Le aflige, altera, y turba aquel ruido:
Pues qué cuando la voz del Rey se siente!
No hay son tan duro y áspero el oido,
Que tiene solo el nombre fuerza tanta
Que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
Con cuántos sinsabores va mezclado
Aquel rezelo, aquel desabrimiento,
Aquel triste vivir tan recatado!
Traga el duro morir cada momento,
Témese del que está mas confiado,
Que la vida antes libre; y amparada
Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al Rey la deuda y obediencia
Se somete al mas mínimo soldado,
Poniendo en contentarle diligencia
Con gran miedo y solícito cuidado:
Y aquellos mas amigos en presencia
Las lanzas le enderezan al costado,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le estan amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
Cualquier secreto piensa que es negarle,
Si el brazo mueve alguno y lo levanta,
Piensa el triste que fué para matarle:
La soga arrastra, el lazo á la garganta,
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al Rey procura,
Tendrá con un tirano fé segura.

Si no bastáre verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece,

andos, casas, linages estragados
Con nombre que los mancha, y escurece;
Baste la obligacion con que nacemos,
Que á nuestro Rey y Príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos mas ásperos sin guia,
Del encendido Marte el son horrendo
Me hará que atine la derecha via;
Y así seguro desto y confiado
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

LA ARAUCANA.

CANTO XIII.

Hecho el Marques de Cañete el castigo en el Pirú; llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran guiado por un Indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado
Dellos sabe salir sin ensuciarse,
Y libre de poder ser imputado:
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado;
Aunque el peligro afina lo perfeto,
Aquel que dél se aparta, es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
En cosas que seguro nos promete,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete,
Despues en el peligro desvaría,
Y no acierta á salir de á dó se mete;
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Pirú, que han procurado
·evantar el tirano, y ayudarle
'ara solo mostrar despues de alzado
·a traidora lealtad en derribarle:
con designio, y ánimo dañado
·e dan fuerza, y despues viene á matarle
·a espada infiel de la maltad autora,
.l Rey, y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
:n hábito leal, aunque engañoso,
'ensando de subir mas escalones
'or un áspero atajo y tropezoso:
\l cabo las malvadas intenciones
Vienen á fin tan malo y afrentoso
Como vereis, si bien mirais la guerra
Civil, y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
Por el audaz Marques, y su prudencia
Curando con rigor los alterados,
Como quien entendió bien la dolencia,
En nombre de su Rey á otros tocados
De aquel olor descubre la clemencia,
Que hasta allí del rigor cubierta estaba
Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caro y espantoso
En el Píru jamas acontecido,
Ni el ejemplar castigo riguroso
Que amansó el fiero pueblo embravecido,

Fué en tal tiempo bastante y poderoso
De ensordecer el bárbaro ruido,
Y la voz Araucana y clara fama
Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
Del daño y perdicion de nuestra gente,
Por las vitorias grandes y jornadas
Del Araucano bárbaro potente:
Pidiendo las cuidades apretadas
Presuroso socorro y suficiente,
Haciendo relacion de como estaban,
Y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, Adelantado,
A quien era el gobierno cometido,
Hombre en estas provincias señalado,
Y en gran figura y crédito tenido:
Donde como animoso y buen soldado
Habia grandes trabajos padecido,
No pongo su proceso en esta historia,
Que dél la general hará memoria.

Presente no se halla á tanta guerra,
Y á tales desventuras y contrastes;
Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra
Cuando la Fé de nuevo allí plantastes:
Allí le distes cargo desta tierra,
De allí con gran favor le despachastes;
Pero cortóle el áspero destino
El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
mas el sentimiento acrecentaba
er el gobierno, y tierra tan perdida,
ue cada uno por sí se gobernaba:
ndaba la discordia ya encendida,
a ambicion del mandar se desmandaba:
l fin es imposible que acaezca,
ue un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
pedir el socorro necesario,
iendo á su Adelantado fallecido
todo á su propósito contrario:
on un semblante triste, y afligido,
le parecer de todos voluntario,
'iden á don Hurtado que se vea,
de remedio presto los provea,

Diciendo: varon claro, y excelente,
[uestra necesidad te es manifiesta,
la fuerza del bárbaro potente
)ue tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
l mas fuerte remedio es llevar gente,
sta ya puedes ver cuan cara cuesta,
)e parte de tu Rey te requerimos,
Nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo, ó Marques, te demandamos,
En quien tanta virtud, y gracia cabe,
Porque con su persona confiamos
Que nuestra desventura y mal se acabe:

De sus partes, señor, nos contentamos;
Pues que por natural cosa se sabe,
(Y aun acá en el comun es habla vieja)
Que nunca del Leon nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros,
Haciendo esta jornada don García,
Se moverá el comun, y caballeros
Alegres de llevar tan buena guia:
Y lo que no podrán muchos dineros,
Podrá el amor, y buena compañia,
O la vergüenza, y miedo de enojarte,
O su propio interes en agradarte.

El Marques de Cañete respondiendo
A la justa demanda alegremente,
Vino en ello de grado, conociendo
Ser cosa necesaria y conveniente:
Y el hijo, hacienda, y deudos ofreciendo
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar aquella tierra.
A ejércitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece,
Así gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace, le parece
Que falta, y no responde á lo que debe:
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil, y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre son desta jornada.

O valientes soldados Araucanos!
Las armas prevenid y corazones,
Y el usado valor de vuestras manos
Temido en las Antárticas regiones;
Que gran copia de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones,
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago, y cruda guerra.

No con los hierros votos, y mohosos
De los que las paredes hermosean,
Ni brazos del torpe ocio perezosos,
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera, los turba, y entorpece,
Y el desusado son los desvanece;

Mas hierros templadísimos y agudos
En sangre de tiranos afilados,
Fuertes brazos, robustos y membrudos
En dar golpes de muerte ejercitados:
Animos libres de temor desnudos,
En los peligros siempre habituados,
Que el son horrendo qua á otros atormenta
Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas, yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado;
Mas tiéneme dudoso sola una,
Que nadie della ha sido reservado:

Esta es la usada vuelta de fortuna
Que siempre alegre rostro os ha mostrado,
Y es inconstante, falsa, y variable
En el mal firme, y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura
Haciendo de su espada ufana muestra,
Querriale preguntar, si por ventura
Corta por mas lugares que la vuestra?
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra,
Verá, si mira bien en lo pasado,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
En bélico furor el pueblo veo,
Y al mas triste español apercibido
De armas, rico aparato, y buen deseo.
O Arauco! yo te juzgo por perdido:
Si las obras igualan al arreo,
Y no templa el camino esta braveza,
Ay de tu presuncion, y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra,
De Loja, Piura, de Jaen salieron,
De Trujillo, de Guanuco, y su tierra:
De Guamanga, Arequipa concurrieron
Gran copia, y de los pueblos de la sierra:
La Paz, Cuzco, y los Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
Del estruendo, tumultos, y rumores,
Que suenan por el aire alborotado
De pífaros, trompetas, y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería,
Que dentro del Estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban,
Sobrevistas, y galas, invenciones
Nuevas, y costosísimas sacaban:
Estandartes, enseñas, y pendones
Al viento en cada calle tremolaban:
Vieran sastres, y obreros ocupados
En hechuras, recamos, y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
El grande estruendo y trápala crecia,
Y los prestos martillos de herreros
Formaban dura y áspera armonia:
El rumor de solícitos armeros
Todo el ancho contorno ensordecia;
Los zelosos caballos de lozanos
Relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
Con el nuevo bullicio de la guerra;
Mas ya de lo importante aparejada,
Un caudillo salió luego por tierra:

Llevando copia della encomendada,
Atravesó á Atacama, y la alta sierra,
Con la desierta costa, y despoblados
De ósamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal todo aprestado,
Y reliquias del campo que quedaban,
Para romper el mar alborotado
Otra cosa que tiempo no aguardaban:
Mas viendo el cielo ya desocupado,
Y que las bravas olas aplacaban,
Con ordenada muestra y rico alarde
Salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos tambien, que en el servicio
Vuestro empecé, y acabaré la vida,
Que estando en Inglaterra en el oficio
Que aun la espada no me era permitida,
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
A la real Corona inobediente.

Y con vuestra licencia en compañia
Del nuevo Capitan y Adelantado
Caminé desde Londres, hasta el dia
Que le dejé en Taboga sepultado:
De donde con trabajos y porfía
De la fortuna y vientos arrojado
Llegué á tiempo, que pude juntamente
Salir con tan lúcida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida
No menos que nosotros necesarios,
Gente templada, mansa, y recogida,
De Frailes, Provisores, Comisarios
Teólogos de honesta, y santa vida,
Franciscos, Dominícos, Mercenarios
Para evitar insultos de la guerra,
Usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
Sale de Lima una lucida banda,
Y en el puerto tendidas por las flores
Estaban mesas llenas de vianda
Con vino de odoríferos sabores,
Donde luego por una y otra banda
Sobre la verde hierba reclinados
Gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
Fuimos á la marina conducidos,
A dó de verdes ramos, y ornamentos
Estaban los bateles prevenidos:
Y al son de varios y altos instrumentos,
De los charos amigos despedidos,
En los ligeros barcos nos metemos; [mos,
Dando á un tiempo con fuerza al mar los re-

Los bateles de tierra se alargaban,
Dejando con penosa envidia aquellos
Que en la arenosa playa se quedaban,
Sin apartar los ojos jamas dellos:

Sobre diez galeones arribaban
Los prestos barcos, y saltando en ellos,
Tiempo los marineros no perdieron,
Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
Estaban las diez naves adornadas,
Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
Comienzan á moverse sosegadas:
Suenan cañones, sacres, falconetes,
Y al doblar de la isleta embarazadas
Del Austro cargan á babor la escota,
Tomando al sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma entorno levantaban,
Y á la furia del Austro resistiendo
Por fuerza á su pesar tierra ganaban:
Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando,
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando:
Y al esforzado Noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

¿Que haya en Pirú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra?
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el Austro es el que manda
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Pirú ninguno puede,
Ni por natural órden se concede.

Pues las naves del Austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impedidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas guarnecidas
De planchas de metal: pero mirando
Al Español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagran, el qual por tierra
Tambien en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:

Diré lo que sucede en esta guerra,
Y que rostro le muestra la ventura;
Mas porque todo venga á ser mas claro
Quiero tratar un poco de Lautaro,

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fajina, y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos, y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenía
De alertas centinelas ocupadas,
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada:
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
A quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el Araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo, y gana de reposo:
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde : amiga mia;
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio Español se me ponia
Con muestra ferocísima delante :
Y con violenta mano me oprimia
La fuerza, y corazon, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: ay que he soñado tambien cuánto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya, y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna comigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

Trabáje por mostrárseme terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que si revuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme :
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme,
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.

El hijo de Pillan con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia,
De lágrimas bañando el blanco pecho
En nuevo amor ardiendo respondia :

No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegria,
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso:
Si vos quereis, señora, que yo viva,
Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo Araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdía,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometía?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El Español dominio y tiranía,
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada á hacer la güerra.

Cuanto mas que teniendoos á mi lado,
No tengo que temer, ni daño espero,
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero,
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido

Ella menos segura, y mas llorosa
)el cuello de Lautaro se colgaba,
' con piadosos ojos lastimosa
ìoca con boca así le conjuraba:
ìi aquella voluntad pura amorosa
)ue libre os dí cuando mas libre estaba,
(dello el alto cielo es buen testigo,
\lgo puede, señor, y dulce amigo;

Por ella os juro, y por aquel tormento,
)ue sentí cuando vos de mí os partistes,
(por la fé, si no la llevo el viento,
)ue allí con tantas lágrimas me distes:
)ue alomenos me deís este contento,
Si alguna vez de mí ya los tubistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente,
Y al muro asista en órden vuestra gente.

El bárbaro responde: harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra.
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redencion del pueblo châro,
Ha dado ya de sí bastante muestra?
Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.

Ay de mí! que de vos yo satisfecha
(Dice Guacolda) estoy, mas no segura.
¿Ser vuestro brazo fuerte que aprovecha,
Si es mas fuerte, y mayor mi desventura?

Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo, me asegura
Que la espada que hará el apartamiento,
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caida,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida:
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida,
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bién poco contento.

Tras esto tantas lágrimas vertía
Que mueve á compasion el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro no podia
Dejar en tal sazon de acompañalla:
Pero ya la turbada pluma mia
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda, y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

LA ARAUCANA.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el Fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido : da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte, y de otra.

Cual será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mugeres ya se atreva,
Pues vemos que es pasion averiguada
La que á bajeza tal, y error las lleva;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta prueba,
Con razones, y lágrimas salidas
De las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
De su amigo le daba algun consuelo,
Ni el fuerte sitio, ni el ſosado muro
Le basta asegurar de su recelo:
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana, y pone por el suelo:
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello allí desmostraciones
Mas el dulce veneno alimentaban:
Los soldados entorno los tizones,
Ya de parlar cansados reposaban,
Teniendo centinelas como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio, y paso presto
Habia el áspero monte atravesado,
No sin grave trabajo, que sin esto
Hacer mucha labor es escusado:
Llegado junto al Fuerte, en un buen puesto
Viendo que el cielo estaba aun estrellado
Paró, esperando el claro y nuevo dia
Que ya por el oriente descubria.

De ninguno fué visto, ni sentido,
La causa era la noche ser escura,
Y haber las centinelas desmentido,
Por parte descuidada por segura:
Caballo no relincha, ni hay ruido,
Que está ya de su parte la ventura,
Esta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas, y aire escuro
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo dia de lejos saludaban:

pensando tener campo seguro
Tambien á descansar se retiraban,
Quedando mudo el Fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la escura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el ocidente retrayendo:
Cuando la mustia Clicie se mejora
El rostro al rojo oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El Español que vé tiempo oportuno
Se acerca poco á poco mas al Fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenia su triste suerte:
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexörable muerte,
Cierta señal, que cerca della estamos
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, pues viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido, horrendo, y alto:
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al Fuerte van á dar de sobresalto,
Al Fuerte mas de sueño bastecido
Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamas pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura:
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos, y despiertos
Saltan los Araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos
Baten toldos y ranchos levantados:
Por verse de corazas descubiertos,
No dejan de mostrar pechos airados;
Mas con presteza, y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebata, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada:
Quién aguija al baston de ageno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averiguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza, y reprehende
De la desconfianza que mostraba:

Ella razon no admite y mas se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba,
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompas, y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
El mísero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruido:
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera,
Como Lautaro al son, y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
Con un desnudo estoque, y él desnudo
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo:
O pérfida fortuna, ó inconstante,
Como llevas tu fin por punto crudo
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los Cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con estrema fuerza, y prestas manos
Gran númuro de tiros despidieron:
Del todo el hijo de Pillan salía,
Y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lado (ó dura suerte !)
Rompe la cruda punta, y tan derecho,
Que pasa el corazon mas bravo y fuerte,
Que jamas se encerró en humano pecho
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viendo de un solo golpe tan gran hecho,
Y usurpando la gloria al homicida
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que el bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena :
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma del mortal cuerpo desatada
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
Que nadie los impide, ni embaraza,
Y así por veinte lados la mas parte
Pisaba de la fuerza ya la plaza :
Los bárbaros con ánimo, y sin arte,
Sin celada, ni escudo, y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida, y sanguinosa.

En oyendo los Indios estrangeros
Que con Lautaro estaban recogidos,
El súbito rumor, salen ligeros
Del miedo, y sobresalto apercebidos:

Mas sintiendo los golpes carniceros,
El ánimo turbado y los sentidos,
Con atentas orejas acechaban
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
Sienten del cazador, y atentamente
Altos los cuellos tienden el oido
Hácia la parte que el rumor se siente,
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros y la gente,
Con furioso tropel toman la via,
Que mas de aquel peligro se desvia:

La baja, y vil canalla acostumbrada
A rendirse al temor de aquella suerte
Por ciega senda inculta, y desusada
Rompe el camino, y desampara el Fuerte
Acá, y allá corriendo derramada,
Y era tan grande el miedo de la muerte,
Que al mas valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero Español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando,
Poniendo osado pecho por escudo
Estan la antigua riña averiguando:
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando,
Ni rehúsa la espada la siniestra
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el jóven Corpillan no desmayado,
Porque su espada y mano vino á tierra,
Antes en ira súbita abrasado
Contra la parte del contrario cierra:
Y habiendo ya la espada recobrado,
La diestra que aun bullendo el puño afierra
Lejos con gran desden y furia lanza,
Orfeciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
Viéndose atravesado por la hijada,
Y la cabeza de un reves hendida,
Ni por pasalle el pecho una lanzada:
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada,
Dejando aquel lugar de ella vacio,
Aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
Y con furia mayor la gobernaba,
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
Con la rabia postrera de la muerte
Una vez el ferrado leño alzaba;
Mas faltóle la vida en aquel punto,
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia
Un valiente Español á tierra vino
Del peso y movimiento que traia:

Mas luego puesto en pie con desatino
Hácia el lugar del dañador volvia,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra
Pensando qüe era vivo, con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
De dar la muerte al muerto deseoso
Recio por uno y por el otro lado
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
Hasta tanto que ya desalentado
Se firma recatado y sospechoso,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre y con Picol se junta,
Haciendo atras la rigurosa mano
Él pecho le barrena de una punta:
Turbado de la muerte el Araucano
Cayó en tierra la cara ya difunta,
Vascoso revolviéndose en el lodo
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto:
Estuvo el Español algo atronado,
Mas del atronamiento ya despierto
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo
Mata, hiere, tropella, y atormenta,
A tiempo á todas partes revolviendo:
Un golpe á Nico en la cabeza asienta,
El cual los turbios ojos revolviendo
A tierra vino muerto, y de otro á Polo
Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al azero,
Topando la desnuda carne blanca,
Ayudadas de un ímpetu ligero,
Dan con piernas y brazos á la banda:
No rehusa el segundo ser primero,
Antes todos siguiendo una demanda,
Como olas que creciendo van, crecían,
Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
Que aun no daban lugar á las espadas,
Apenas los mortales van á tierra
Cuando estaban sus plazas ocupadas:
Unos por cima de otros se dan guerra,
Enhiestas las personas y empinadas,
Y de modo á las veces se apretaban
Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
Que los mas de los golpes son mortales,
Y los que no lo son así se imprimen
Que dejan para siempre las señales:

'odos al descargar los brazos gimen;
Ias salen los efectos desiguales,
)ue los unos topaban duro azero,
.os otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
:on los corvos cuchillos carniceros,
Y cual de fuerte hierro los planchones
Baten en dura yunque los herreros:
Así en la diferencia de los sones
Que forman con sus golpes los guerreros,
Quién la carne y los huesos quebrantando,
Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla
Contra Guarcondo á toda furia parte,
Y la lanza le echó por la tetilla
Con una braza de hasta á la otra parte:
El bárbaro la cara ya amarilla
Se arrima desmayado al baluarte,
Dando en el suelo súbita caida
El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
El cuerpo vió caer descolorido,
Cuajósele la sangre, y hecho un yelo
Del súbito dolor perdió el sentido:
Mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
Blasfemando el soberbio y descreido,
Y el ñudoso baston alzando en alto,
A Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
Hirió al caballo en medio de la frente,
Empínase el caballo, el cuello enhiesta,
Al freno y á la espuela inobediente:
Y entre los brazos la cabeza puesta
Sacude el lomo y piernas impaciente,
Rendido Villagran al duro hado
Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido,
Cuando la presta maza decendia
Con una estraña fuerza y un ruido,
Que rayo ó terremoto parecia:
Del golpe el Español quedó adormido,
Y el bárbaro con otro revolvia,
Bajando á la cabeza de manera
Que sesos, ojos, y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
Del caso desastrado del hermano,
Antes con nueva rabia y mas despecho
Hiere de tal manera á Diego Cano,
Que la barba inclinada sobre el pecho,
Se le cayó la rienda de la mano,
Y sin ningun sentido casi frio
El caballo lo lleva á su albedrio.

En medio de la turba embravecido
Esgrime entorno la ferrada maza,
A cual deja contrecho, á cual tullido,
Cual el pescuezo del caballo abraza:

Quién se tiende en las ancas atúrdido,
Quién forzado el arzon desembaraza,
Que todo á su pujanza y furia insana
Se le bate, derriba, y se allana.

Por partes mas de diez le iba manando
La sangre, de la cual cubierto andaba,
Pero no desfallece, antes bramando
Con mas fuerza y rigor los golpes daba:
Ligero corre acá, y allá saltando,
Arneses, y celadas abollaba,
Hunde las altas crestas, rompe sesos,
Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
De espadas, lanzas, grita, y vocería,
Al cual confusamente no sabiendo
La causa mucha gente allí acudia:
Y era un gallardo mozo, que esgrimiendo
Un fornido cuchillo discurria
Por medio de las bárbaras espadas,
Haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
De una furia diabólica movido,
El rostro fiero, sucio, y polvoroso,
Lleno de sangre, y de sudor teñido:
Como el potente Marte sanguinoso,
Cuando de furor bélico encendido
Bate el ferrado escudo de Vucano,
Blandiendo la hasta en la derecha mano.

Con un diestro, y prestísimo gobierno
El pesado cuchillo rodeaba,
Y á Cron, como si fuera junco tierno,
En dos partes de un golpe lo tajaba:
Tras este al diestro Pon envia al infierno,
Y tras de Pon á Lauco despachaba,
No hallando defensa en armadura,
Descuartiza, desmiembra, y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
Y proporcion de cuerpo, era Gigante,
De estirpe humilde, y su naturaleza
Era arriba de Genova al Levante:
Pues con aquella fuerza y ligereza
A los robustos miembros semejante,
El gran cuchillo esgrime de tal suerte
Que á todos los que alcanza dá la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
Le divide en dos trozos en la arena,
Y de otro al desdichado Quilacura
Limpio el derecho muslo le cercena:
Pues de golpes así desta hechura
La gran plaza de muertos deja llena;
Que su espada á ninguno allí perdona,
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
La cabeza de un tajo, y luego tiende
La espada hacia Maulen, señor de Itata,
Y de alto á bajo de un reves le hiende:

Lanzas, hachas, y mazas desbarata,
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
Llevando muchos tiros enclavados
En los pechos, espaldas, y en los lados.

Como la Osa valiente perseguida
Cuando le van monteros dando caza,
Que con rabia, sintiéndose herida,
Los ñudosos venablos despedaza;
Y furiosa, impaciente, embravecida
La senda, y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados,
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea
Cercado de los bárbaros venia;
Pero de tal manera se rodea
Que gran camino con la espada abria:
Crece el hervor, la grita, y la pelea
Tanto que la mas gente allí acudia:
He aquí á Rengo tambien ensangrentado
Que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
De gozques importunos, que en llegando
A verse con los cerros erizados
Se van el uno al otro regañando:
Así los dos guerreros señalados,
Las inhumanas armas levantando
Se vienen á herir; pero el combate
Quiero que al otro Canto se dilate.

LA ARAUCANA.

CANTO XV.

En este quinceno Canto se acaba la batalla, en la cual fuéron muertos todos los Araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule, y el puerto de la Concepcion pasaron.

Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Donde jamas se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tienne el fundamento:
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza,
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca, y el Ibero,
Amor los trujo á tanta delgadeza,
Que la lengua mas rica y mas copiosa,
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo, y de ornamento,
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
Como he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi zelo bueno y sano intento,
Esto me hace á mí añudar el hilo
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado
Y haber de tratar siempre de una cosa:
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonorosa,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion, dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores:
Pues como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mis fábulas y amores;
Mas ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al Lombardo dejé, y al Araucano
Donde la guerra andaba mas trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta, y la maza levantada:

De malla está cubierto el Italiano ;
El Indio la persona desarmada ;
Y así como mas suelto y mas ligero
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo Italiano como vido
La maza y el rigor con que bajaba ,
Alzó el escudo en alto , y recogido
Debajo dél el golpe reparaba :
Por medio el fuerte escudo fué rompido ,
Y en medio la cabeza le cargaba ,
Que batiendo los dientes vió en el suelo
Las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia ·
Sobre el valiente bárbaro el Lombardo ,
Pensando que dos piezas le haria
Segun era del ánimo gallardo :
Pero Rengo que punto no perdia ,
Como una onza ligera , y suelto pardo ,
Un pronto salto dió á la diestra mano ,
De suerte que el cuchillo bajo en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza , de manera
Que acertarle de lleno , no al Andrea ,
Pero un duro peñasco deshiciera :
Igual andaba entre ellos la pelea ,
Aunque temo yo á Rengo á la primera
Vez que el cuchillo baje , si le halla ,
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
esnudo de armas, y de esfuerzo armado
itra, sale, y revuelve como el viento,
ue en maña y ligereza era estremado:
ace siempre su golpe, y al momento
e halla el enemigo así apartado,
ue aunque el cuchillo de dos brazos fuera
lcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
l furioso Italiano embravecido,
iendo como desnudo un Araucano,
él armado, le tiene en tal partido:
a izquierda junta á la derecha mano,
apretando la espada de corrido
l bárbaro arremete altos los brazos,
'ensando dividirle en dos pedazos.

El Araucano con mañoso brio
laja la maza firme lo esperaba:
las el cuerpo hurtó con un desvio,
l tiempo que el cuchillo derrivaba:
lsique el brazo y golpe dió en vacio,
Y de la fuerza inmensa que llevaba
El gran cuchillo sustentar no pudo,
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
Cerrando el presto bárbaro de hecho,
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
Que le imprime las mallas en el pech.

No por esto el Lombardo se embaraza;
Mas piensa dél así haber mas derecho,
Y con brazos durísimos lo afierra
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcídes hizo á Antéo,
Quiso el nuestro hacer del Araucano;
Mas no salió fortuna á su deseo,
Y así el deseado efecto salió en vano:
Que el esforzado Rengo de un rodeo
Lo lleva largo trecho por el llano,
Sobre los cuerpos muertos tropezando
Siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea de empacho ardiendo en rabia viva
Sintiéndose de un hombre así apurado,
Firme en el suelo con los pies estriva
Cobrando esfuerzo del honor sacado:
Y de manera sobre Rengo arriba,
Que de tierra lo lleva levantado,
Que era de fuerza grande y de gran prueba
Bastante á comportar la carga nueva.

Yo ví entre muchos jóvenes valientes
Sobre pruebas de fuerza porfiando,
Trabar él una cuerda con los dientes,
Asiendo cuatro della y estrivando
Todos á un tiempo á partes diferentes,
A su pesar llevarlos arrastrando
Y de solos los dientes se valia,
Que las manos atras presas tenía.

Y con facilidad y poca pena
La mayor bota ó pipa que hallaba,
Capaz de veinte arrobas de agua llena,
De tierra un codo y mas la levantaba:
Y suspendida sin verter serena
La sed por largo espacio mitigaba,
Bajándola despues al suelo llano,
Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
Rios en esta tierra caudalosos,
Ir la corriente el ímpetu esforzando
A desbravar en riscos peñascosos
Arrebatando el barco, no bastando
La fuerza de los remos presurosos,
Y él cubierto de malla como estaba
Luego animoso al agua se arrojaba.

Y una cuerda en la boca revolviendo
Al furioso raudal el duro pecho,
Los pies y fuertes brazos sacudiendo
Rompía por la canal casi derecho:
Remolcando la barca, y resistiendo
El ímpetu del agua del estrecho,
La sacaba á la orilla en salvamento
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí tambien sobrepujaba,
Que no fué de su fuerza menor prueba;
Pero Rengo que en ira se abrasaba
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,

Hizo por fuerza pie, y sobre él tornaba
Sacando la vergüenza fuerza nueva;
Pero al cabo los dos se desasieron,
Y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
Como si descansáran todo el dia,
Ora presto por bajo, ora por alto,
Sin miedo el uno al otro acometía:
Rengo que de armadura estaba falto
Con tal destreza y maña se regía,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
El valiente Cristiano por un lado,
Que toda la persona le atormenta
Segun que fué de fuerza muy cargado:
Otro redobla, y otro, y á mi cuenta,
Al cuarto que bajaba mas pesado,
El astuto Italiano se desvia,
Y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida:
El bárbaro en ponzoña se convierte,
Y con braveza fuera de medida,
Con el fiero enemigo fué en un punto
Descargando la maza todo junto.

El Italiano en alto el medio escudo
lzó por recoger el golpe estraño;
'ero del todo resistir no pudo,
unque se reparó parte del daño:
'atióle la cabeza el golpe crudo,
' cual si el morrion fuera de estaño,
' no de fuerte pasta bien templado,
sí de aquella vez quedó abollado.

Dos, ó tres pasos dió desvanecido
lel golpe el Italiano vacilando,
'erdida la memoria y el sentido,
' andubo por caer titubeando:
a sangre por el uno y otro oido
e revento en gran flujo, como cuando
levienta de abundancia alguna fuente,
' en pie se tuvo bien dificilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
las furioso que nunca, ardiendo en ira
le verse así de un bárbaro tratado,
l brazo con el pie diestro retira
'ara tomar mas fuerza, y el pesado
uchillo derribó con tal ruido,
)ue revocó en los montes del sonido.

Rengo que el gran cuchillo bajar siente
' el ímpetu y furor con que venia,
ruzando la alta maza osadamente
reparo debajo se metía:

No fué la hasta defensa suficiente
Por mas barras de acero que tenia,
Que á tierra vino della una gran pieza,
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
Por dó una roja fuente manó luego,
Y anduvo por caer Rengo dudoso,
Atónito y de sangre casi ciego:
El Italiano allí no perezoso
Viendo que no era tiempo de sosiego,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo,
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el Italiano,
Y hubiérale de arriba abajo abierto,
Si no torciera al descargar la mano:
El golpe fué de llano, y como muerto
Vino al suelo tendido el Araucano,
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres, ó cuatro partes fué quebrado.

Crino que volvió el rostro al gran ruido
Del poderoso golpe y la caida,
Viendo al valiente Rengo así tendido
Pensó que era pasado desta vida:
Y de amistad y deudo comovido,
La espada de su propio amo homicida
Que en Penco Tucapel ganado habia,
En venganza del bárbaro esgrimía.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
No reparando en él la cruda espada,
Que rompiendo la malla por el lado
Le penetró hasta el hueso la estocada:
Vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada
Fué tan presto con él por resistirle,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
Donde en satisfacion de la herida,
Alzándole bien alto de la tierra
De espaldas le tendió con gran caida:
Y por dar presto fin á aquella guerra,
La espada le quitó, y luego la vida,
Metiéndose tras esto por la parte
Que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por dó el monton vé mas estrecho:
Triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al traves, otro al derecho,
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta,
Otros que tiende, aun no bien satisfecho
A coces los quebranta, y descoyunta:
Brazos, cabezas por el aire avienta,
Sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve,
Pasa el pecho á Talcuen de una estocada,
Y sobre Titaguan furioso vuelve:

Abrióle la cabeza desarmada;
Mas el rabioso bárbaro revuelve,
Y antes que la alma diese, le da un tajo
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
Y á Longoval derriba tras él muerto;
Pues Juan Gomez tambien por aquel lado
De fresca sangre bárbara cubierto
Habia de un golpe á Colca derribado,
Y á Galvo el desarmado vientre abierto
El bárbaro mortal, la color vuelta
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso
Que á Zinga, y á Pillolco habia tendido,
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido:
El rumor de las armas sonoroso,
Los varios apellidos, y el ruido
A las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia, y el furor se enciende,
La gente por juntarse se apiñaba,
Que ya ninguno mas lugar pretende
Del que para morir en pie bastaba:
Quien corta, quien barrena, rompe, hiende,
Y era el estrecho tal y priesa brava,
Que sin caer los muertos, de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo,
La priesa de los golpes, y dureza,
Figurarla del todo aquí no puedo,
Ni la pluma llevar con tal presteza:
De la muerte ninguno tiene miedo,
Antes si vuelve el rostro, mas tristeza
Mostraban, porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
Perdida de vencer ya la esperanza,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna mas venganza:
Y no por esto el paso retiraban,
Ni el pecho rehusaban de la lanza,
Si por mover un paso como digo,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos,
Unos de mil heridas desangrados,
De la cabeza al pecho otros cubiertos:
Otros por las espaldas y costados,
Los bravos corazones descubiertos
Así dentro en los pechos palpitaban
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando
Al odioso enemigo arremetia,
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria:

Allí se vió la vida estar dudando
Por que puerta de súbito saldría ,
Al fin salía por todas , y á un momento
Faltaba fuerza , vida , sangre , aliento.

Ya pues no estaba en pie la octava parte
De los bárbaros muertos no rendidos :
Villagran que miraba esto de aparte ,
Viendo los que quedaban tan heridos
Les envió con dos Indios de su parte
A decir , que se entreguen por vencidos ,
Sometiéndose al yugo y obediencia ,
Y que usara con ellos de clemencia.

Todos los Españoles retrujeron
Las espadas , y el paso en el momento ,
Y los dos mensageros propusieron
El pacto , condicion , y ofrecimiento :
Pero los Araucanos cuando oyeron
Aquel partido infame , el corrimiento
Fué tanto y su coraje , que repuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos braman ,
Morir , morir, no dicen otra cosa ,
Morir quieren , y así la muerte llaman
Gritando : á fuera vida vergonzosa :
Esta fué su respuesta , y esto claman ,
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza ,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,
lgunos de rodillas combatiendo,
)ue las tullidas piernas les faltaban
iostenerse sobre ellas no pudiendo
' aun así las espadas rodeaban:
)tros que ya en el suelo retorciendo
ie andaban por dañar lo que podian,
l los contrarios pies se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmenbrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando:
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algun lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento
(Por mas sed que de sangre ellos mostráran)
Della viéran aquí el derramamiento,
Yo tengo para mí que se hartáran:
Pues con mayor rigor á su contento
En viva sangre humana se bañáran,
Que en campo Marcio Sila carnicero
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que ya al fin de la vida conducidos
A la forzosa muerte se rindieron:

Los lasos Españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron
De armas, y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pie quedó en el Fuerte,
Ni brazo que mover pudiese espada,
Solo Mallen, que el punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada:
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detras de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía
Que entorno retumbaba todo el llano,
Que como dije ya la muerte habia
Puesto silencio con airada mano
Dejó aquel paredon, y á ver salia
Si hallaba por allí algun Araucano
A quien se encomendar que le salváse,
Y la sensible llaga le apretáse.

Mas cuando vió la plaza cual estaba,
Y en sus amigos tal carnicería,
Que aunque la muerte los disfiguraba,
La envidia conocidos los hacía:
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y así decia:
¿ Cómo, yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazon, por cierto indigno
e algun golpe de espada valerosa,
ıes fué por eleccion y no destino
ırder una sazon tan venturosa,
ú me apartaste (ó flaco!) del camino
e un eterno vivir, y á vergonzosa
uerte he venido ya con mengua tuya,
ır mas que la mí diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con esta del Estado
ezclarse aquí le fuere concedido,
iendo mi cuerpo entre estos arrojado,
ınque de brazo débil ofendido;
uizá seré en el número contado
e los que así su patria han defendido
as ay triste de mí! que en la herida
ırá mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
ué emienda puedo dar de parte mia,
ue yo satisfacer pueda á la ofensa
echa á mi honor, y patria, y compañia?
o turbo el claro honor y fama inmensa
e tantos, pues, podrán decir que habia
ntre ellos quien de miedo bajamente
el enemigo apenas vió la frente.

¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
on prolijas razones mi jornada?
rrepentirme qué aprovecha, cuando
a el arrepentimiento vale nada?

Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada,
Corriendo con presteza el crudo filo
Sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cése el furor del fiero Marte airado,
Y descansen un poco las espadas
Entretanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio Noto porfiando
De Neptuno las olas levantadas,
Prohejando por fuerza iban rompiendo
Del viento, y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallá, dó nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
A la diestra de parte del Poniente
A Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y despues difícilmente
Vimos á Capiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo
Rompiendo la prision, y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados:
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos, y montañas
Hombres, ganados, casas, y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
Al reves de la Europa, porque es cuando
El sol del equinocio se desvia,
Y al capricornio mas se va acercando:
Pues desde allí las naves que á porfia
Corren al mar, y al Austro contrastando
De Bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto Coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
Salidos de las naos el pie firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro, y pena
De tan largos caminos olvidamos:
Y á la nueva ciudad de la Serena,
Que es dos leguas del puerto caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
A todos nos hicieron, y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro, y larguísimo viaje:

¿ Pero quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí, que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el Piloto:
Larga la triza en banda, larga, larga,
Larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas, y espesas:
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de Pilotos, y las priesas
Hacen un son tan triste, y armonia,
Que parece que el mundo perecia.

Amaina, amaina gritan marineros,
Amaina la mayor, hiza trinquete,
Esfuerzan esta voz los pasageros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren ligeros
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido,
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruido
Embistió el galeon por un costado
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,
Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el ímpetu venciendo;
Descubre, y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo:
Así debajo el mar salió el navío
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso Bóreas mas crecido
La mar hasta los cielos levantaba,
Y aunque era un Mangle el mástil muy for-
Sobre la proa la alta gavia estaba: [nido
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba,
Que en forma de arco al mástil oprimia,
Y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo Castellano,
Iba el valiente Bóreas recogiendo
Queriendo él ençerrarle por su mano:

Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al zéfiro que estaba mas cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Mas la noche con negro torbellino:
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la via siguiendo, las airaba,
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesia,
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así perdia,
Que al mar las altas gavias decendieron:
Fué la furia tan presta, que aun no habia
Amainado la gente, cuando vieron
Los Pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar, y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta,
Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta:
Vino en esto de viento una grupada
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado,
Miran al gran Piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado:
Unos dicen: zaborda, otros: detente,
Cierra el timon en banda; y cual turbado
Buscaba escotillon, tabla, ó madero,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
Uno dice: á la mar, otro: arribemos:
Otro da grita: amaina, otro replica:
A orza, no amainar que nos perdemos:
Otro dice: herramientas; pica, pica;
Mástiles y obras muertas derribemos,
Atónita de acá, y de allá la gente
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas, y jarcias rechinaban
Del turbulento zéfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas:
Que la escura tiniebla penetraban,
Y ser razon de nubes intrincadas;
Y así en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento, y por vecina
La brava costa de arrecifes llena,
Que del grande reflujo en la marina
Hervía el agua mezclada con la arena:

Rota la escota, larga la bolina,
Suelto el trinquete, sin calar la entena,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el ſurioso viento arrebatada.

LA ARAUCANA.

CANTO XVI.

: este canto se acaba la tormenta: contienese la entrada de los Españoles en el puerto de la Concepcion, y isla de Talcagueno: el consejo general que los Indios en el valle de Ongolmo tuvieron á la diferencia que entre Peteguelen, y Tucapel hubo: asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

)ALGA mi trabajada voz, y rompa
l son confuso, y mísero lamento
on eficacia, y fuerza, que interrompa
l celeste y terrestre movimiento:
a fama con sonora y clara trompa,
)ando mas furia á mi cansado aliento:
)erráme en todo el orbe de la tierra
as armas, el furor, y nueva guerra.

Dadme, ó sacro Señor, favor, que creo
)ue es lo que mas aquí puede ayudarme,
Pues en tan gran peligro ya no veo
Sinó vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar viendoos atento
Aplacará su furia, y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo
La socorrer en este grande aprieto,
Que si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto:
Aunque el soberbio mar contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo,
Mezcle sus altas olas con el cielo,

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados, y porfia
Del contrapuesto mar, y viento airado:
Que procuran así impedir la via,
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte habia de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos
Iban del todo ya desordenados:
Indómitos, airados, y violentos,
Removidos, revueltos, y mezclados
En su antigua discordia, y fuerza entera,
Como en el cáos, y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando,
Iba casi de un lado sumergida
Las poderosas olas contrastando:

las ya al furioso viento y mar rendida,
in poder resistir se va acercando,
los yertos peñascos levantados
)e las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente
.as voces, y las lástimas crecian,
)ue llevadas del zéfiro inclemente
.ejos las rocas cóncavas herian:
'ilotos, marineros, y la gente,
omo locos sin órden discurrian,
Jnos dicen: alarga, y otros: hiza,
)uien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide,
)uién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
)uién hace voto espreso, quién promesa,
)uién de la ausente madre se despide,
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias, y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecia venir al suelo,
Y el levantado mar tempestuoso
Con soberbia hinchazon subir al cielo:
¡ Qué es esto, Eterno Padre poderoso,
Tanto importa anegar un navichuelo
Que el mar, el viento, y cielo, de tal modo
Pongan su fuerza estrema, y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento, y del mar con tal porfia,
Que aunque de leños frágiles armada
El peso, y ser del mundo sostenia:
Ni la nave de Ulises, ni la armada,
Que de Troya escapó el último dia,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza, y ánimo mas fuerte
Al temor se entregaban importuno,
Que la espantosa imágen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno:
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados,
Corriendo acá, y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
Bramando en un turbion de viento envuelto,
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto:
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaiven á la pasada
El un diente de la áncora amarrada.

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento, y la arrebata,
Y acá, y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe, y desbarata:

Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata)
Hizo que en el baupres dichosamente
El áncora aferráse el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento,
Gobernó el galeon rumbo derecho,
Y á despecho del mar, y recio viento,
Botando á orza el timon salió al levecho:
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir difícilmente á un punto
El estremo de pena, y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegria
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fria
Que habia los miembros ya desamparado:
La esforzada, y contrita compañia,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oracion devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruido
En vano, aunque se esfuerza, porfiando:
Que la fortuna de Felipe asido
Ajorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al este la Herradura,
Y al sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la Araucana tierra deseada,
Viendo el morro de Penco descubierto
Arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furiosos de aquel lado:
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Dó las cansadas naves como digo
Hallan seguro albergue, y dulce abrigo.

La nave sin gobieno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra,
En gruesa amarra y áncora afirmada
Que con tenace diente aferró tierra:
Apenas la alta vela fué amainada,
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos estiendió (tocando en los oidos)
Los ánimos y niervos encongidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta, y belicosa,
La cual viendo una nave solamente,
Venida allí por suerte venturosa,

Gritando : guerra, guerra, alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa
Con gran rebato y priesa repentina
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa,
Y nosotros con ánimo dispuesto
A cualquiera peligro y grande afrenta
Arremetimos á las armas presto,
Que el trabajo pasado, y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro, y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brio
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajio
Encallada la nave ya estubiera :
Y por los anchos lados el navio
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente,
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
O estraño agüerro y triste anunciamento :
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y rapto movimiento,
Ora el andar el mundo (y es mas cierto)
Fuera de todo término y concierto.

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pie los Españoles en el suelo,
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel ñudoso velo:
Y en forma de lagarto discurriendo
Se vió hender una cometa el cielo:
El mar bramó, y la tierra resentida
Del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruina, y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes, y señales
Que su destrozo y pérdida anunciaban,
Y á perpetua opresion amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron
Que soltando las armas ya rendidas
Del cerrado escuadrón se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas:
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mugeres, hijos, y comidas
Por secretos caminos, y senderos
Se escaparon en balsas, y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas, y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas:

Y con gran diligencia previniendo
Los caminos, las sendas, y paradas,
Por cavernas, y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres Indios escondidos,
Otros en pueblezuelos salteados
Que aun no estaban del miedo apercebidos:
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos, y vestidos,
Y palabras de amor los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada,
Era la religion, y salvamento
De la rebelde gente bautizada:
Que en desprecio del santo Sacramento,
La recibida ley, y fé jurada
Habian pérfidamente quebrantado,
Y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
A la Cristiana ley que antes tenian,
Y á la fé quebrantada reducirse,
Que al grande Carlos Quinto dado habian,
En todas las mas cosas convertirse
A su provecho, y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas, firme, y cierto
Cualquier partido lícito, y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar, y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien nos lo impida, ni defienda:
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cual arma pavellon, cual toldo, ó tienda,
Quien fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
Cubriendo tierra, y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pavellon, tienda, ni cosa,
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Desencasar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado dia
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegria
El aire escuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañia
Conociendo el instable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
Albergues de los Indios ausentados,
Otros con tablas, ramas, y carrizos
Al nuevo alojamiento van cargados:

sobre troncos de árboles rollizos
n las hondas arenas afirmados,
rran número de ranchos levantamos,
en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos,
Por techos y apartados rinconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos:
Que de pajas, de plumas, y ramillos
Van, y vienen los picos impedidos:
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria, y arte reparamos
La furia del invierno riguroso:
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantoso
La gruesa, y reforzada artillería,
Que entorno tierra, y mar temblar hacía.

En las remotas bárbaras naciones,
El grande estruendo y novedad sintieron
Pacos, Vicuñas, Tigres, y Leones
Acá, y allá medrosos discurrieron:
Los Delfines, Nereidas, y Tritones
En sus hondas cavernas se escondieron,
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos rios, y las fuentes.

Sintióse en el Estado la estampida,
Y algunos tan atónitos quedaron,
Que la dura cerviz, nunca oprimida,
Sobre los yertos pechos inclinaron:
Así avisados ya de la venida
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones, y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los deciseis Caciques Araucanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo
Entraron los Caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido
Fué al consejo de guerra por valiente
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió despues en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente,
Que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolican en medio dellos puesto
A todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando:

›n sesgo pecho y con sereno gesto
ı voz en tono grave levantando ,
›mpió el mudo silencio, y echó fuera
l intento y furor desta manera :

Esforzados varones , ya es venido
Segun vemos las muestras y señales)
quel felice tiempo prometido
n que habemos de hacernos inmortales ;
Jue la fortuna próspera ha traido
)e las últimas partes orientales
'antas gentes en una compañia ,
'ara que las venzais en solo un dia.

Y acosta y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas,
Que por remotos Reinos estendidas
Han de ser inviolables y sagradas ,
Viviendo en igualdad debajo dellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado ,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado ,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

Así en resolucion me determino
(Si señores tambien os pareciere)
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
Y nadie piense que hay otro camino
Sinó el que con su fuerza y brazo abriere,
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.

A la plática fin con esto puso,
Y el buen Peteguelen, viejo severo,
Por mas antiguo su razon propuso
Como soldado y sabio consejero,
Diciendo: ó Capitanes, no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada
En el pecho me hierve alborotada.

Pero sola una cosa me detiene
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia que se tiene
Que ès mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento,
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido:

Será de mas provecho y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oir á nadie obliga.

Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis apercibir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente:
En las cosas difíciles dar medio,
Proveer á cualquiera inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y alcabo remitirnos á las manos.

No pudo decir mas, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel con voz furiosa
Diciendo le atajó: quien tanto mira,
Jamas emprenderá jornada honrosa;
Y si todo el Estado se retira
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré sin compañía
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.

¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras proprias fuerzas tan probadas?
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
Y rodear los brazos las espadas,
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras vitorias mancilladas
Queden con bajo y mísero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido.

Pues entended que mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el Senado,
Diga Peteguelen lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado
Y quien otro camino pretendiere
Primero le abrirá por mi costado,
Que esta ferrada maza y no oraciones
Les ha de dar las causas y razones.

Si los que así os preciais de bien hablados
El ánimo os bastáre y el denuedo
De combatir sobre esto en campo armados
Os probaré mas claro lo que puedo;
Mas quereisos mostrar tan concertados,
Que llamando prudencia á lo que es miedo
Por no poner en riesgo vuestra vida
A todo con parlar dareis salida.

Peteguelen responde: pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo viejo quiero la batalla
Y castigar tu loco atrevimiento;
De piel curtida armados ó de malla,
Con lanza, espada ó maza á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo mas largas manos, que razones.

Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo,
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo?

ijo : al fin pensamiento tan altivo
a es digno del furor de Tucapelo :
.as por mi honor y por tu edad querria
ue metieses contigo compañia.

El viejo respondió : jamas de agenas
uerzas en ningun tiempo me he ayudado,
i de sangre aun estan vacias mis venas,
i siento el brazo así debilitado,
ue no te piense dar las manos llenas :
las Rengo su sobrino levantado
e atravesó diciendo : el desafio
cepto yo, si quieres, por mi tio.
Quiérolo, pido y soy de ello contento,

ritaba Tucapel, y á diez contigo ;
Mas saltando Orompello de su asiento
Dijo : tú lo has de haber Rengo comigo.
Tambien enmendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengo : y mas te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Despues que haya acabado el de tu primo.

Tucapelo le dijo : castigarte
Pienso de tal manera yo primero,
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que á bien librar serás mi prisionero :
Afuera, afuera, sús haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero,
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sinó que luego aquí lo averigüemos.

Rengo y Petcguelen le respondieran
A un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazon no se pusieran
Muchos Caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.

Caupolican estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada dia
En guerra, en paz con término insolente
Sin causa, ni atencion los revolvia;
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazon lo requeria,
Y así con gravedad y manso ruego
La furia mitigó, y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y acetado
Que luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen:
Despues, que Tucapel y Rengo armado
Ausimismo su causa difiniesen.
El rumor aplacado, Colocolo
Los comenzó á decir hablando solo:

Generosos Caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y experiencia
Los futuros sucesos rastreamos,

Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destruirnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caida y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo:
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo,
La máquina que en falso asiento estriba
Su misma pesadumbre la derriba.

Así que ya si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios
Temo y con gran razon de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios,
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose al fin vuestra protervia
Fundada en una vana y gran soberbia.

Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas,
Rotas nuestras escuadras y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes estrangeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que así por ciega inadvertencia
La patria muere, y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasion y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta union invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?

¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el Araucano Estado
Venga á ser por sus manos destruido,
Y en su virtud y fuerzas ahogado
Quede con nombre infame sometido
A las estrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros,
Refrenad esa furia y movimiento
Que es la que puede en esto mas dañaros:

ufrís al enemigo en vuestro asiento
ue quiere como á brutos conquistaros,
no podeis sufrir aquí impacientes
os consejos y avisos convenientes?

Que es cierto falta de ánimo y bastante
ndicio de flaqueza disfrazada,
eniendo al enemigo tan delante
evolver contra sí la propria espada,
or no esperar con ánimo constante
os duros golpes de fortuna airada,
los cuales resiste el pecho fuerte
ue no quiere acabarlo con la muerte.

Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
ue á veces por ser tanto lo condeno,
de vuestras hazañas no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno,
ese, cese el furor y civil guerra,
por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y zelo que me mueve,
Para que diferais vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline:
Y la causa comun se determine.

Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones mas no quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene:
Dejadas pues á parte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene,
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo.

Que por todas la partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasaje algun remedio:
Y pues el enemigo se comide
A tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos.

Pues por este camino tomarémos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que cuando no sea lícita podrémos
Venir de todo en todo á rompimiento:
Tambien en este término harémos
De armas y municion preparamento,
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras esteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas;

Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

Quizá por este término sacalla
Podrémos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz asegnralla
Trayéndola por mañas á la muerte:
Y sin rumor ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte,
Que venga á tierra firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.

A su habla dió fin el sabio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes:
Pero Puren, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
Al jóven Millalauco generoso,
hombre de gran lenguage y experiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y apariencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetráse,
Y el sitio, gente y número notáse.

El cual por los Caciques instruido
(segun el tiempo) en lo que mas convino.
En una larga góndola metido
Sin mas se detener tomó el camino,
Y de los prestos remos impelido
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado
Llenas de armas, de gente y bastimento
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
Por medio del bullicio atravesaba,
Los judiciosos ojos rodeando
Las armas, gente y ánimos notaba,
Y el negocio entre sí considerando
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pavellon de don Garcia,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesia
Nos saludó á su modo alegremente:

evantando la voz; pero la mia,
ue fatigada de cantar se siente,
o puede ya llevar un tono tanto,
 así es fuerza dar fin en este Canto.

LA ARAUCANA.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los Españoles de la Isla, levantando un Fuerte en el cerro de Penco: vienen los Araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza-fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos,
A enemigos, ni amigos sospechosos,
Que tanto os dejan mas apercibidos
Cuanto vos los teneis por cautelosos:
Escuchados serán mas entendidos
Ora sean verdaderos ó engañosos,
Que siempre por señales y razones
Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
Con su máscara falsa y trato estraño,
Os despiertan, avisan, encaminan,
Y encubriendo descubren el engaño:
Veis el blanco y el fin adonde atinan,
El pro y el contra, el interes y el daño;
No hay plática tan doble y cautelosa
Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
Que no se le penetre algun conceto,
Que las lenguas al fin hacen su oficio,
mas si el que oye sabe ser discreto:
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
Ni el callar descubrió jamas secreto:
No hay cosa mas difícil bien mirado
Que conocer un necio, si es callado.

Y es importante punto y necesario
Tener el Capitan conocimiento
Del arte y condicion del adversario,
De la intencion, designio y fundamento,
Si es cuerdo y reportado, ó temerario,
De pesado ó ligero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto, astuto,
Vario, indeterminable, ó resoluto.

Así vemos que el bárbaro Senado
Por saber la intencion del enemigo
Al cauto Millalauco habia enviado
Debajo de figura y voz de amigo,
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortes como atras digo,
El rostro á todas partes revolviendo
Alzó recio la voz así diciendo:

Dichoso Capitan y compañia,
A quien por bien de paz soy enviado
Del Araucano Estado y señoría
Con voz y autoridad del gran Senado:

No penseis que el temor y cobardia
Jamas no haya á término llegado
De usar (necesitados de remedio)
De algun partido infame y torpe medio.

Pues notorio os será lo que se estiende
El nombre grande y crédito Araucano,
Que los estraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano:
Y tambien de vosotros ya se entiende
Que movidos de zelo y fin cristiano
Con gran moderacion y disciplina
Venís á derramar vuestra dotrina.

Siendo pues esto así como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publíca:
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los Caciques aceptada.

Que el ínclito Senado habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sabio acuerdo y parecer movido
Por legítimas causas y razones
Quiere aceptar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no podezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.

Que si la fe inviolable y juramento
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y Estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados,

A Carlos sin defensa y resistencia
Por amigo y señor le admitirémos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofrecerémos:
Mas si quereis llevarlo por violencia,
Antes los proprios hijos comerémos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

Pero por trato llano sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera,
Que el estado las armas por el suelo
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera,
Quedando para siempre lo pasado
En perpetuo silencio sepultado.

Aquí dió fin al razonar, haciendo
A su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
A nuestra voluntad y á su malicia;

Y el bárbaro poder disminuyendo
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que habia flaqueza
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don Garcia
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió que agradecia
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfaria
Su buena voluntad con tratamiento,
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por mas confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones,
Insignias y vestidos competentes
A nobles capitanes y varones,
Siendo de Millalauco recibido
Con palabras y término cumplido.

Asíque con semblante y apariencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia,
A la barca volvió que habia dejado,
Y con la acostumbrada diligencia
Al tramontar del sol llegó al Estado,
Dó recibido fué con alegria
De toda aquella noble compañia.

Visto el despacho y la ocasion presente
Los Caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente
A sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades
Aparejadas siempre á novédades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí mas de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del implacable inbierno resistimos:
Mas pasado este tiempo deseosos
De saber su intencion nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercibidos,
Hombres trabajadores y valientes
Entre los mas robustos escogidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos:
Yo con ellos tambien, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuna.

Para que en un pequeño cerro esento
Sobre la mar vecina relevado
Levantasen un muro de cimiento,
De fondo y ancho foso rodeado,

Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teniamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada :
De dó si se moviesen les darian
Algun asalto y súbita ruciada,
Que quebrantando el ánimo y denuedo
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios Araucanos
Quisiesen de concordia algun camino
Viéndose con las armas en las manos :
Pero con la presteza que convino
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia,
Antes que la Alba fuese desterrando
Las nocturnas estrellas, parecia
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales,
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures, y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones,
Y fijados en tierra con tapiales
Y trabazon de leños y faginas
Levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la Tiria gente
En la labor de la ciudad famosa
Solícita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa;
Ni Cesar levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó el ejército esparcido
Del enemigo Ierno inadvertido;

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada
Con ocho gruesas piezas de campaña,
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe rey de España,
Tomando posesion de aquel Estado
Con lo demas del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido
De tanto atrevimiento y osadia,
Entre la gente plática tenido
Mas por temeridad, que valentia,

Que en el soberbio Estado así temido
Los ciento y treinta en poco mas de un dia
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al Fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino;
Por las anchas cortinas repartida
Segun y por el órden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera Fama ya volando
Por el distrito y término Araucano
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano,
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano,
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto si es mal lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oidos
De nuestros enemigos conjurados,
Nó mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados;
Con súbita presteza apercibidos
De municiones, armas, y soldados,
Sin aguardar á mas trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano
Dos millas poco mas del fuerte asiento,
El esforzado mozo Gracolano
De gran disposicion y atrevimiento
Dijo en voz alta : ó gran Caupolicano !
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

Y porque á tí, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me profiero
De abrir lugar por los contrarios pechos,
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque mas dificulten la subida,
Y todo el universo me lo impida.

Así dijo : y los bárbaros en esto
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al Fuerte en escuadron con paso presto
Cubiertos de la noche se acercaban,
Y en una gran barranca, oculto puesto,
Al pie de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara Aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podia,
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia :

Así imaginativo y desvelado
Revolviendo la inquieta fantasía,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche escura
En medio del reposo de la gente
Queriendo proseguir con mi escritura
Me sobrevino un súbito accidente,
Cortóme un yelo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar; mas fué imposible
Del accidente súbito impedido,
Que el agudo dolor y mal sensible,
Me privó del esfuerzo y del sentido:
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituido,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaidos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
ejado el quebrantado cuerpo habia,
uando oyendo un estruendo sonoroso
ue estremecer la tierra parecia :
on gesto altivo y término furioso
elante una muger se me ponia,
ue luego ví en su talle y gran persona
er la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies á la cintura,
e la cintura á la cabeza armada
e una escamosa y lúcida armadura,
u escudo al brazo, al lado la ancha espada;
landiendo en la derecha la hasta dura,
De las horribles Furias rodeada,
l rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo : ó mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe y perezoso,
Ensancha el corazon y la esperanza,
Y aspira á mas de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio si lo entiendes.

Que viéndote á escribir aficionado
Como se muestra bien por el indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio,

Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin límite ensancharte.

En campo fértil lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras màs famosas y mayores
Donde podrás alimentar la vena :
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura,
Que en la pasada edad y en la futura.

Sígueme dijo al fin : y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazon osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á dó natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares, y mosquetas,
Azucenas, jazmines, y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
ll deleitoso asiento atravesaban,
r los templados vientos respirando
.a verde yerba y flores alegraban;
'ues los pintados pájaros volando
'or los copados árboles cruzaban,
'ormando con su canto y melodía
Jna acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
'í gran copia de Ninfas muy hermosas,
Inas en varios juegos ocupadas,
)tras cogiendo flores olorosas,
)tras suavemente y acordadas
'antaban dulces letras amorosas,
'on cítaras y liras en las manos
)iestros Sátiros, Faunos, y Silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
. todo pasatiempo y ejercicio;
)uién sigue ya de aquel, ya deste lado
)e la casta Diana el duro oficio:
)ra atraviesa el puerco, ora el venado,
)ra salta la liebre, y con el vicio
Famuzas, capreolas, y corcillas
letozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando
De la llanura al monte atravesaba,
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba;

Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el zeloso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y esento,
Sobre todas las tierras empinado:
Y sin saber yo cómo en un momento
De la fiera Belona arrebatado
En la mas alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado zéfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba,
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podría
Un liviano Neblí subir á vuelo,
Y así no sin temor me parecia
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos
Hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome pues Belona allí subido
Me dijo: el poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido,
Hace que detenerme mas no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvoreda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.

Despues que Carlos Quinto huvo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto Príncipe hollado
Las Articas y Antárticas regiones;
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y asegura su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa ocasion y coyuntura.

Y movido de pio y santo zelo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo
Segun lo que en el pecho concebia,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenia
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos, y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
Del victorioso Padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera
Que siempre de sus obras habia dado,

Por el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado,
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo, y arrogancia.

Aquella es San Quintin, que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruina,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe digna:
Hállase dentro della el Almirante
Debajo cuyo mando y disciplina
Está gran gente plática de guerra
A la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
El enemigo campo se reparte,
Caceres con su tercio á mano diestra
Donde está de Felipe el estandarte,
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el Conde de Mega, y de la parte
Del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, Tudescos, y Valones.

Llegamos pues á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada:
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada,
Que al riguroso hado incontrastable
No hay defensa, ni plaza inexpugnable.

Conviéneme partir de aquí al momento
A meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante sin torcer la via
(Cual presto rayo) á San Quintin bajaron:
Donde atizando el fuego ya que ardia,
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y campañas
Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido:
¡ Quién fuera de lenguage tan copioso
Que pudiera explicar lo que aquí vido?
Mas aunque mi caudal no llegue á tanto
Haré lo que pudiere en otro Canto.

LA ARAUCANA.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin: entra en ella victorioso: vienen los Araucanos sobre el Fuerte de los Españoles.

Cual será el atrevido que presuma
Reducir el valor vuestro y grandeza
A término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y ligereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye,
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues llegado á razon yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá aldelgazará mi pluma ruda,
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento
Que si por vos, señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atras que arremetido
Habia el furioso campo por tres vias
A las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
La va todo rompiendo y tropellando
Con animoso pecho y manos prestas,
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes mas dispuestas,
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los Franceses con muestra valerosa,
Armas, y defensivos instrumentos
Resisten la llegada impetuosa
Y los contrarios ánimos sangrientos:

Mas la gente Española mas furiosa
Cuanto topaba mas impedimento,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta, y embarazos,
Muertes estrañas, golpes, y heridas
De poderosos y gallardos brazos:
Cabezas hasta el cuelo y mas hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos,
Que no bastaban petos, ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se expugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados,
Era cosa de ver la herreria
De las armas y arneses golpeados:
La espantosa y horrenda artilleria,
Las bombas, y artificios arrojados
De pólvora, alquitran, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban:
La fiera rabia y gran teson no cesa,
Hieren, matan, derriban, y así andaban
Los unos y los otros tan revueltos
En horror, fuego, sangre, y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza,
Otros de miedo por vivir ofenden
Poniéndoles esfuerzo la esperanza:
Otros que ya la vida no pretenden
Procuran de su muerte la venganza,
Y que cayan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que si halla reparo y resistencia
Hierve y crece allí la agua detenida,
Al fin con mayor ímpetu y potencia
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebata:

De tal manera la Francesa gente
Sin bastar resistencia y fuerza alguna
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna:
Que ya sin poder mas forzadamente
A la furia rendida, por la una
Parte que estaba Caceres dió entrada
A su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el Almirante
El golpe de la gente resistia
No fué, ni pudo al cabo ser bastante
A la pujanza y furia que venia:

Quedó en prision con otros, y adelante
La victoriosa y fiera compañia
Dejando eterna lástima y memoria
Iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser ya la Francesa gente parte
A puro hierro la Española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte
Que los Franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra
De rota á mas andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado:
He aquí tambien por la tercera entrada
Que Julian Romero habia asaltado,
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado,
La mano á Don Felipe dió de modo,
Que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido:
Las armas arrojadas por el suelo
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con mísera huida
Perder la plaza, y guarecer la vida.

Pero los vencedores cuando vieron
u gran temor y poco impedimento,
os brazos altos y armas suspendieron
'or no manchar con sangre el vencimiento:
 sin hacer mas golpe arremetieron,
'uelto en codicia aquel furor sangriento,
l esperado saco de la tierra
'remio de la comun gente de guerra:

Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados,
Quién por picas y gúmenas trepando
Entra por las ventanas y tejados:
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto abajo escudriñaban,
Ya tiento sin parar corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende,
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa, y al remedio atiende:
Y por todas las partes francamente
Quién entra, sale, sube, quién deciende,
Sacando uno arrastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado:

Así la fiera gente victoriosa
Con prestas manos y con pies ligeros
De la golosa presa codiciosa
Abre puertas, ventanas y agugeros;

Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas, y rimeros,
Y lo demas y menos importancia
Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban:
Antes rompiendo sin piedad por ellas
A lo mas defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia habia
Donde mas resistencia se hacía.

Viéranse ya las vírgines corriendo
Por las calles sin guarda á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo
Lamentando su hado y suerte dura:
Y las míseras monjas, que rompiendo
Sus estatutos, límite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas
Iban Acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe antes que entrasen
Habia mandado á todas las naciones,
Que con grande cuidado reservasen
Las mugeres y casas de oraciones;
Y amigos y conformes evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.

Las mugeres que acá y allá perdidas
levadas del temor sin tiento andaban,
or órden de Felipe recogidas
n seguro lugar las retiraban,
onde de fieles guardas defendidas
el bélico furor las amparaban,
ue aunque fueron sus casas saqueadas,
as honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
l cristiano y espreso mandamiento,
e mostraban en esto continentes
renando aun el primero movimiento:
a revuelta y la mezcla de las gentes,
a mucha confusion y poco tiento
Hizo que el daño en la ciudad creciese,
Y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada
Arrojando espesísimas centellas
Del fresco viento zéfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente afortunada
Con dolorosas voces y querellas
Fijos los tiernos ojos en el cielo
Desmayando esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes Franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,

Eligiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos encerrados
Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
Habia las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin sin mas defensa y resistencia
Dentro de San Quintin quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano
Hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
Al emisferio Antártico encendido,
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oido,
Ví cerca una muger que me hablaba,
Mas blanco que la nieve su vestido,
Grave, muy venerable en el aspecto,
Persona al parecer de gran respecto,

Diciendo: si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía
Dificultosa alguna pareciere,
Creeme, que nos es ficcion, ni fantasía,
Mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
Allá en su excelso trono y hierarquía,
Al cual está sugeto lo mas fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

Desta guerra y rencores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados
Resultarán conciertos y partidos
Por una parte y otra procurados:
En los cuales serán restituidos
Al duque de Saboya sus estados,
Con otros muchos medios provechosos
En bien de Francia, y á la España honrosos.

Y para que mas quede asegurada
La paz con hermandad y firme asiento
Con la prenda de Henrico mas amada
Contraherá don Felipe casamiento:
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento,
Que el alto cielo así lo determina,
Y el decreto fatal y órden divina.

En este tiempo Francia corrompida
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al Rey debida
Las sacrilegas armas levantando:
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio Rey jurado.

Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el Reino á ser casi destruido,
Y Carlos de sus pérfidos soldados
A término dudoso reducido:

Serán con desacato derribados
Los suntuosos templos, y ofendido
El mismo sumo Dios y Sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

Mas vuestro Rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño luego
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego:
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el Oriente
Enviando al Peñon su armada y gente.

Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efecto deseado,
Volverá la segunda de manera
Que el áspero Peñon será expugnado;
Y dejando segura la carrera
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada
Retirará la victoriosa armada.

Vendrán á España á la sazon de Hungría
Dos Principes de alteza soberana,
Hijos de Cesar Máximo y Maria
De Carlos hija, y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana,
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza;
En quienes se verá resplandeciendo
Un excelso valor y la crianza
Del baron Dietristan, persona dina
De dar á tales Príncipes dotrina.

Luego en el año próximo siguiente
Toda la Cristiandad amenazando
La gruesa armada del infiel potente
Irá contra el Poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente
Que temblarán las costas, y arribando
Á la isla de Malta dará fondo
Que boja veinte leguas en redondo.

Donde el grande Maestre y Caballeros
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros Capitanes forasteros
Ofrecerán las vidas al remedio,
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas
Que se podrán tener por milagrosas.

Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el Fuerte de Santelmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto,

El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto;
Porque en el puerto la Turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.

Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Ánimos temerarios arrojados
Cuando las esperanzas mas dudosas;
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas,
Casos grandes, sucesos infinitos
Dignos de ser para en eterno escritos.

Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raso, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere;
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido.

Pues con sola una parte de su armada,
Y número pequeño de soldados,
De su fortuna y crédito guiada
Rebatirá los Otomanos hados,
Y la afligida Malta restaurada
Serán los enemigos retirados,
Las fatigadas velas dando al viento
Con pérdida increible y escarmiento.

Luego el año despues con poderoso
Ejército en persona Solimano
Por tierra moverá contra el famoso
Cesar Augusto Emperador romano,
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al Trasilvano,
Y atras la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia.

A Siguet Plaza fuerte y recogida
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo sin poder ser socorrida
Del fiero Soliman será ocupada:
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte arribando el limitado curso
Pondrá término y punto á su discurso.

Por otra parte en Flandes los Estados
Desasidos de Dios en estos dias
Turbarán el sosiego inficionados
De perversos errores y heregías:
Y contra el Rey Felipe conspirados
Tentarán de maldad diversas vias:
Trayendo á estado y condicion las cosas
Que durarán gran término dudosas.

Tambien con pretension de libertarse
En el próspero reino de Granada
Los Moriscos vendrán á levantarse
Y á negar la obediencia al Rey jurada:

La cual alteracion por no estimarse,
Ni ser á los principios remediada,
Será de grandes daños, y costosa
De sangre ilustre y gente valerosa.

Irá á esta guerra un mozo que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linage esclarecido
Difíciles empresas le asegura,
A quien tienen los hados prometido
Una famosa y súbita ventura,
Este es hijo de Carlos que aun se cria,
Y encubierto estará por algun dia.

Andará como digo disfrazado
Hasta que el padre al tiempo de la muerte
Le dejará por hijo declarado,
Subiéndole en un punto á tanta suerte:
Será de todos con razon amado,
Franco, esforzado, valeroso y fuerte,
Es su nombre don Juan, y en esta parte
No puedo mas decir, ni revelarte.

Baste que á los Moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra,
Adonde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Transplantando en provincias diferentes
Las raices malvadas y simientes.

Esta guerra acabada, de Alemaña
De damas y gran gente acompañada
La Infanta Ana vendrá reina de España,
Con el rey don Felipe desposada:
Donde con pompa y magestad estraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segobia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

Serán pues los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados,
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungria:
Asique para Génova embarcados
Arribarán, pasando á Lombardia
Por la ribera del Danubio amena
A su ciudad famosa de Viena.

Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse,
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse,
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los Turcos inhumanos
Contra los poderosos Venecianos.

Y sacando una armada poderosa
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro Isla famosa
Descargará la furia represada,

Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra de ellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida
Sobre palabra falsa y fementida.

Quedarán pues tan arrogantes desto,
Que la armada de gente reforzando
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando,
Despreciando del mundo todo el resto,
Y aun el poder del cielo despreciando,
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

Mas el alto señor que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que cuando faltan méritos compone
Con su sangre y pasion la deuda agena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena;
Quebrantará con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

Que doliéndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano:
Así de inspiracion habrá una liga,
Donde el Papa y Senado Veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey Católico potente.

Será en gracia de todos elegido
General de la liga el floreciente
Mozo que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente;
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente,
Basta que lo verás, pues te asegura
Mas larga vida el hado que ventura.

Mas si quieres saber de esta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa mas grande señalada
Que jamas en historia se ha leido,
Cuando acaso pasáres la cañada
Por donde corre Rauco mas ceñido,
Verás al pie de un libano en la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual veras á un lado
Una fragosa entrada y selva escura,
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura
Debajo de una tosca y hueca peña
Una oculta morada muy pequeña.

Allí por ser lugar inhabitable
Sin rastro de persona ni sendero
Vive un anciano viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,

De quien sabrás dó habita el intratable
Fiton mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas
Que estan aun por venir maravillosas.

No quiero decir mas en lo tocante
A las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece,
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece,
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oído.

Mas si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada,
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.

Mas tente, que me importa á mí primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvíes:
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confies,
Que aunque quiera despues contraponerme,
Tu cerrarás los ojos por no verme.

O condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro nò volviese,
Solo aquel impedirme fué bastante
A que el pronto apetito se encendiese:
Y así sin esperar mas que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Ví, si decirse puede, un paraiso.

En un asiento fértil y sabroso
De alegres plantas y árboles cercado,
Dó el cielo se mostraba mas hermoso
Y el suelo de mil flores variado,
Cerca de un claro arroyo sonoroso
Que atravesaba el fresco y verde prado
Ví junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecian,
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respeto escuras parecian,
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenian
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados;

Unos en esperanza sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos.

En esto con presteza y furia estraña
Arrebatado por el aire vano
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde si la memoria no me engaña
Ví la mi guia á la derecha mano
Algo medrosa, y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los pies puse en el suelo
Los codiciosos ojos ya cebando
libres del torpe y del grosero velo
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas;
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una
Que ví á sus pies rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino, y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba
Rendido y entregado á su hermosura,
Ví á sus pies una letra que decia:
Del tronco de Bazan doña Maria.

Y por saber mas della revolviendo
El rostro y voz á la prudente guia,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño oyendo:
Arma, arma, presto, presto, y parecía
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion medio dormido
A las vecinas armas corrí presto,
Poniéndome en un punto apercibido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran número de gente,
Y la rosada Aurora en el Oriente.

Luego tambien por una y otra parte
Con no menores voces y denuedo
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo:

Mas para proceder parte por parte
Segun estoy cansado ya no puedo:
En el siguiente y nuevo Canto pienso
De declararlo todo por estenso.

LA ARAUCANA.

CANTO XIX.

Refiérese el asalto que los Araucanos dieron á los Españoles en el Fuerte de Penco: la arremetida de Gracolano á la muralla: la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navios, tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
A concetos de amor y obras de amores,
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,
Que á mil desocupados escritores
Que en ello trabajasen noche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo:
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltáre en la arte.

Mas la Española gente que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante:
Que el ejército bárbaro la aqueja
Cercando entorno el Fuerte en un instante
Con terrible amenaza y alarido,
Como en el canto atras lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto
Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, el fiero asalto
Dada la seña todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa,
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término terciando
La larga pica arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando
Atravesó de un salto el ancho foso,

Y por la misma pica gateando,
Arriba sobre el muro victorioso
A pesar de las armas contrapuestas,
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera envistió tan impaciente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente:
Como el gallardo bárbaro atrevido
Que temeraria y venturosamente
Rompiendo al parecer lo mas seguro,
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
A bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza el solo pretendia,
Los tiros, golpes, botes, y estocadas
Con gran destreza y maña rebatia,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas á pie quedo
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y poco miedo
De morir mas adentro procuraba,
Y en el vano próposito y denuedo
Herido ya en mil partes porfiaba,
Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Asíque en la demanda necia instando
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso, que rabiando
Adonde mas le hieren arremete :
Y el peligro y la vida despreciando
Lo mas dudoso y áspero acomete,
Desbaratando entorno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna menos esperanza,
A los brazos cerró con un soldado
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el Troyano Euricio que volando
La tímida paloma por el cielo
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,

Que retorciendo el cuerpo y revolando
Como redondo ovillo vino al suelo :
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente
Cayó el mísero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente
Que el número cerró ya rematado :
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado
Quedó arrimada al foso, de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
Habia de acompañarle en el asalto,
Y con el hasta el foso arremetido
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató tomando por remedio
Poner con pies ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos pies, ni ligereza
A escapar de las manos de la muerte,
Que al que piensa huir con mas presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al ligero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
A un tiempo por dos partes le tendieron:
No dió la alma tan presto que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabáse,
Y con peligro suyo la salváse.

Luego de trompas gran rumor sonando
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando
Al foso con gran ímpetu llegaron:
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud, que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
Que así nuestro Español era llamado,
De lejos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolan le habia ganado:
Con loable vergüenza ardiendo en ira
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado jóven que delante
Venia la tierra y cielo despreciando,
De proporcion y miembros de gigante
Una hasta de dos costas blandeando,

Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando
Ora de un lado y de otro, ora derecho
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte
Que el gallardo Español desatinado
Se vió casi en las manos de la muerte:
Pero como animoso y reportado
Haciendo recio pie se tuvo fuerte
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salió vano.

Que el Indio con destreza y gran soltura
Saltó ligero atras cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra:
Mas el pronto Español que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y aguijando por ella á su despecho
Cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traía,
Cinco veces ó seis por el costado
Del bravo corazon tentó la vía:
El bárbaro mortal ya desangrado
Por todas la furiosa alma rendia,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio
Ya de sangre y espíritu vacio.

El valiente Español que vió tendido
A su enemigo y la victoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido
Retrayéndose ufano hácia la puerta:
Donde por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recibido alegremente
Con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios expugnaban,
Que á vencer ó morir determinados
Por los fuegos y tiros se lanzaban:
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde mas la cierta punteria
El encubierto blanco descubria.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos,
Otros que mas presumen de ligeros
Hacen pruebas y saltos peligrosos,
Y los que les tocaba ser postreros
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos
El foso se cegó y allanó presto,

Por dó los enemigos atrevidos
Arremetieron el temor pospuesto,
Llegando por las partes mas guardadas
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte por mas áspera que fuese,
Donde no se escaláse y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen, y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Los derriban abajo y desbaratan:
Mas poco los demas escarmentados
La difícil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caidos.

Unos así tras otros procediendo
Ganosos de honra, y de temor desnudos
Siempre la priesa y multitud creciendo
Crece la furia de los golpes crudos:
Los defendidos términos rompiendo
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,
Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso
Todo cubierto de luciente malla:
Como el leon de Libia vedijoso
Que abriendo de la tímida canalla
El tejido escuadron, con furia horrenda
Desembaraza la impedida senda:

Así el furioso bárbaro arrogante
Discurre por el muro, derribando
Cuanto allí se le opone y ve delante,
Su misma gente y armas tropellando:
Quisiera tener lengua y voz bastante
Para poder en suma ir relatando
El singular esfuerzo y valentia,
Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas, ni pertrechos
Bastan puestas encontra á resistirle,
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
Pueden acometiéndole impedirle,
Que montones de gente y armas hechos
Rompe y derriba sin poder sufrirle,
Y aun no contento desto, osadamente
Se arroja dentro en medio de la gente,

Y al peligro las fuerzas añadiendo
La poderosa maza rodeaba,
Unos desbaratando, otros rompiendo
Siempre mas tierra y opinion ganaba:

Al fin los duros golpes resistiendo
Por las armas y gente atravesaba,
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda del poniente
Habia Peteguelen arremetido,
Y á despecho y pesar de nuestra gente
En lo mas alto del bastion subido:
Que el valeroso corazon ardiente
Le habia por las entrañas esparcido
Un belicoso ardor, como si fuera
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que á poca pieza
Le arrebató una bala desmandada
De los dispuestos hombros la cabeza,
Rematando su próspera jornada:
Tras esta disparó luego otra pieza
Hácia la misma parte encaminada,
Llevando á Guampicol que le seguia,
Y á Surco, Longomilla, y Lebopia.

La gente que en las naos habia quedado
Viendo el rumor y priesa repentina
Cuál salta luego arriba desarmado,
Cuál con rodela, cuál con corazina,
Quién se arroja al batel, y quién á nado
Piensa arribar mas presto á la marina,
Llamando cada cual á quien debia
Y ninguno aguardaba compañia.

Así á nado y á remo con gran pena
El molesto y prolijo mar cortaron,
Y en la ribera y deseada arena
Casi todos á un tiempo pie tomaron;
Donde con disciplina y órden buena
Un cerrado escuadron luego formaron,
Marchando á socorrer á los amigos
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los pies, cuando
Por la parte de abajo con ruido
Les sale un escuadron encontra, dando
Una furiosa carga y alarido:
Venia el primero el paso apresurando
El suelto Feniston, mozo atrevido
Que de los otros quiso adelantarse
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadia
Siguiendo su derrota y firme intento
A la enemiga opuesta arremetia,
Que aun de esperar no tuvo sufrimiento;
Y á recibir á Feniston salia
Con paso no menor y atrevimiento
El diestro Julian de Valenzuela,
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
El presto Feniston anticipado,
Dando un ligero y no pensado salto
Con el cual descargó un baston pesado:

Mas Valenzuela la rodela en alto
A dos manos el golpe ha reparado,
Dejándole atronado de manera
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado jóven una pieza
Fué rodando de manos aturdido:
Mas luego aunque atronado se endereza,
Y volviendo del todo en su sentido
Pudo al traves hurtándose de un salto
Huir la maza que caíaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traía,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenia,
Metiendo con presteza el pie y el brazo
El pecho con la espada le cosia,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de rebes media quijada.

El Araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por donde;
Mas el jóven tentando otro camino
Arrancada la daga le responde,
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole estender ya casi helados
Los pies y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corría
A lo mas necesario y peligroso :
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla
Siempre con rabia y priesa hervorosa
Andaba muy reñida la batalla,
Y la victoria en confusion dudosa :
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caía :
Don Garcia de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andia y Espinosa,
Y don Simon Pereyra Lusitano,
Don Alonso Pachecho y Ortigosa

Contrapuestos al ímpetu Araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Xuarez tambien por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba, y Pedro de Olmos de Aguilera
Subidos sobre el alto baluarte
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica, y Campofrio,
Don Martin de Guzman, y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zuñiga, y Berrío,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estubiera
Contarlos por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros Araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros visto el daño no pensado,
Tambien del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del Fuerte
Hiriendo, derribando, y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria
Haciendo en todas partes riza estraña;
Tropella á Bustamente, y á Mexía,
Derriba á Diego Perez, y á Saldaña:
Mas ya es razon pues he cantado tanto
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.